

carlos rafael rodriguez

lenin y la cuestion colonial

COLECCION
BRAUCO
Ea



COLECCION ARAUCO



PRENSA LATINOAMERICANA S. A. - CHILE

carlos rafael rodriguez

lenin y la cuestion colonial

Derechos reservados
Inscripción Nº 41293
(c) 1973. — Editorial
Prensa Latinoamericana S. A.
Root 537. Santiago - Chile.
Impreso y hecho en Chile.
Printed and Made in Chile.

PROLOGO

Las inagotables enseñanzas de la lucha revolucionaria del proletariado a escala mundial aparecen siempre de una dimensión superior a las conclusiones políticas y a las sistematizaciones teóricas que a partir de aquellas se realizan.

En su carácter de ciencia que aprehende la realidad, la deshilvana en sus componentes para luego reconstituirla teóricamente transformando sus conclusiones en acción revolucionaria, el marxismo es el único instrumento capaz de hacer de la vida pasada un arma para la construcción del futuro. No es, por tanto, la sola experiencia la que recoge el marxista leninista, difundiéndola para que sus resultados vayan construyendo un camino, lo que no pasaría de ser simple pragmatismo. Es neces-

ria, y más que ello imprescindible la labor teórica, la búsqueda de los factores esenciales que generan los hechos, el descubrimiento de las leyes fundamentales y secundarias que diseñan el devenir social, para que la práctica y sus resultados se transformen en potencia revolucionaria. Este fue el gran salto que dieron Marx y Engels en la historia de las ideas, al crear la teoría científica de la sociedad: el socialismo científico.

La experiencia de la lucha de los pueblos colonizados y sojuzgados por el imperialismo, requiere de una permanente reconstitución, a efectos no sólo de refrescar los hechos, sino y sobre todo para ir aquilatando su desarrollo y proyección teórica, sus "confirmaciones" y "desmentidos". Este razonamiento parte de la primera y esencial certeza del marxismo, que reconoce la primacía del mundo material como determinante "en última instancia" del mundo de las ideas, y de la necesaria influencia de éstas en el desarrollo del mundo material.

En la historia de la lucha de los explotados contra sus opresores, y más precisamente en nuestro caso entre las masas colonizadas contra las metrópolis colonizadoras e imperialistas, resulta insoslayable concatenar los hechos en su forma y en su espíritu, con las ideas

directrices que los guiaron. Sólo así se puede llegar a comprender cabalmente el sentido de su desarrollo, la forma en que iban tomando cuerpo las leyes abstractas que gobiernan la historia, y solamente así es posible también constatar la certeza o el error de las ideas, los programas o las banderas tras las cuales se movilizaron las masas.

El trabajo de Carlos Rafael Rodríguez que constituye este libro, encaja perfectamente en esta línea marxista.

El autor intenta describir el pensamiento marxista acerca de la cuestión colonial, a partir de las consideraciones y aportes realizados por los fundadores del socialismo científico, y concentrando su atención en la obra de Lenin, quien enfrentó con más amplitud el asunto, tanto desde el punto de vista teórico como exigido por la práctica política.

Se trata de un ensayo publicado en el N° 59 de la revista "Casa de las Américas", de marzo-abril de 1970, en oportunidad del centenario del nacimiento del gran revolucionario bajo cuya conducción y la del Partido Bolchevique el pueblo ruso desplazó del poder al zarismo y a la burguesía, instaurando el primer Estado Socialista de la historia de la humanidad.

La descripción, los análisis y los juicios emitidos por Carlos Rafael Rodríguez, ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba, denotan en toda la extensión del trabajo aquí presentado, un profundo conocimiento de la extensa obra de Marx, Engels y Lenin, una abierta y sólida formación intelectual, un gran esfuerzo de rigor científico unido a la redacción fluida y amena de quien domina el tema tratado, y por lo último, lo que debe ser remarcable, un espíritu unitario de amplios horizontes que a su vez le permite lanzar ciertos dardos al dogmatismo.

Es, en última instancia, un valioso aporte a la teoría revolucionaria acerca de un tema en absoluto agotado, que ayuda al logro de definiciones políticas precisas a quienes hoy, en el mundo entero, enfrentan al imperialismo.

G. P.

carlos rafael rodriguez

lenin y la cuestion colonial

Carlos Marx delineó un modo nuevo y científico de interpretar la historia y había descubierto la ley de movimiento de la sociedad capitalista; sin embargo, cuando Federico Engels tuvo que hacer el elogio final ante su tumba, no encontró palabras más altas para definirlo que recordar sencillamente: "Marx fue ante todo y sobre todo un revolucionario".

A los cien años de Lenin, es también su condición de revolucionario total la que lo eleva más en la historia. Porque todo cuanto pensó e hizo tuvo su origen en aquella decisión permanente de "cambiar al mundo de bases" a la que dedicó cada minuto, aun aquellos últimos en que convirtió —con silenciosa heroicidad— la silla de inválido en la última de sus incontables trincheras. Hay

un Lenin economista que podría sobrevivir en la cultura lo mismo con *El desarrollo del capitalismo en Rusia* —verdadero anticipo a la teoría contemporánea del desarrollo— que con *El imperialismo*, demasiado ponderado ya para requerir exégetas innecesarios. Hay un Lenin que serviría de modelo para la crítica marxista —tan colmada de sociologismo barato— con sus breves atisbos sobre Tolstoi o su apreciación maciza de Herzen. Hay también un Lenin que, sin reclamar el título de filósofo, nos ha enseñado a hacer del conocimiento filosófico profundo, un arma. Pero toda esa obra surge “a partir” de la función revolucionaria, y provocada por ella. Casi cada pensamiento en esos libros y ensayos es, por así decirlo, un pensamiento “de riposta”. No es extraño, por ello, que, forzado a abandonar una de las contribuciones más completas de todos los tiempos a la teoría del Estado, su estudio sobre *El Estado y la Revolución*, él mismo confesara que le resultaba más apasionante hacer la revolución que escribir sobre ella.

A los latinoamericanos, Carlos Marx nos llega por la vía del intelecto. Su obra nos aprisiona; pero exige, casi siempre, que al aplicarla nos transportemos en el tiempo y en el espacio. No escribió directamente para

nosotros, nos contempló desde muy lejos y nos vio como parte de una totalidad en la cual —con un sentido muy hegeliano pero a la vez ya “marxista”— le asignó la primacía histórica a su Europa cercana.

Lenin también nos seduce intelectualmente; pero se trata ya de una atracción menos lejana. Su obra está hecha en circunstancias que nos resultan próximas y con materiales que nos son familiares. No es sólo que Marx piense la revolución para después hacerla y Lenin aproveche el esclarecimiento previo que su antecesor profético le entrega para hacer esa revolución al par que continúa pensándola. Es que el ámbito de la revolución leninista resulta a las claras muy diverso al que sirviera de marco a las previsiones y al diagnóstico del *Manifiesto*. Se trata de un mundo también distinto del nuestro y sus problemas no son siempre asimilables, pero, desde el comienzo mismo, encontramos en él ingredientes que nos son comunes hasta llegar a hacerse en la práctica un mismo mundo conceptual una vez que el acceso al poder en Rusia reafirma a Lenin en el criterio de que la revolución socialista de Europa tiene en las colonias y semicolonias de Asia, Africa y la América Latina sus reservas más explosivas y su mejor defensa, y que el imperialismo ha

convertido a "las revoluciones" en una sola y misma revolución mundial.

MARX Y LA CUESTION COLONIAL

Sería exigirle demasiado a Carlos Marx pretender que, con casi un siglo de anticipación y en circunstancias en que la parte no-europea del mundo sólo empezaba a ser desentrañada, hubiese comprendido todas las posibilidades revolucionarias de ese traspatio colonial del capitalismo. Ya basta, para confirmar su genialidad, el que con tan escasos elementos y algunos atisbos fuera capaz de arrancarle sus "claves" más importantes. Cuando se le reprocha a Marx su "eurocentrismo"¹ se olvida que, precisamente, el ha-

¹ Así por ejemplo en *Marxism and Asia*, de Hélène Carrière d'Encausse y Stuart Schram (Londres, Allen Lane, The Penguin Press). Por otra parte, se trata de un estudio serio y bastante completo que, a pesar de ser realizado desde fuera del marxismo y con un ostensible antagonismo hacia la práctica de los partidos comunistas europeos en el período post-leninista, posee un mínimo de objetividad que lo distingue de muchas otras obras sobre este tópico. Las mismas características señalan otros dos trabajos de Stuart Schram que contienen interesantes elementos sobre estos problemas, su *Mao Tse-tung*, publicado por Penguin Books en 1966 —hay una edición revisada de 1967— y su *The political thought of Mao Tse-tung*, publicado por Armand Colin en Francia en 1963 y reeditado, con revisiones y ampliación, por Praeger en los Estados Unidos en 1969.

ber examinado las sociedades orientales como *entidades distintas* fue lo que le permitió a Marx describir en ellas el *modo asiático de producción* e introducirlo como un elemento de excepción en su esquema general del desarrollo histórico. No hay dudas, sin embargo, de que si bien Marx no dejó de advertir las posibilidades revolucionarias implícitas en el Oriente (y sobre esto encontraremos después no pocas confirmaciones), su rigor científico y su sagacidad estratégica lo llevaron a concentrarse en el marco europeo como el más propicio para comenzar aquel "ensayo general revolucionario" que con tanta impaciencia preparaba. Y en verdad cualquier otra opción habría sido invertir erróneamente los términos. Marx lo entendió certeramente y a ello contribuyó su método científico de abordar la estrategia revolucionaria. Más tarde tendremos ocasión de ver cómo lo aplicó también al problema nacional *europeo*, sin concesiones a la emoción política ni al romanticismo revolucionario. Recordemos que ya en el *Manifiesto* Marx y Engels, que estimaban el futuro socialista más próximo de lo que el devenir confirmaría, situaban el movimiento comunista en un contexto *internacional* y que casi llegaron a entonar allí el "de profundis" al nacionalismo burgués.

Cuando examinamos las múltiples, pero someras, referencias de Marx al mundo colonial y sobre todo al Asia, advertimos enseguida que para él la revolución en los pueblos asiáticos está condicionada a las transformaciones económicas y técnicas que acerquen el Asia al modo de producción capitalista. Enfrentado al espectáculo de la brutal colonización británica sobre la India, Marx, que no podía ser, y no fue, insensible a los aspectos humanos y morales de aquella invasión inglesa, atiende sobre todo a su sentido *revolucionario* en términos de largo plazo histórico. En su crónica del *New York Daily Tribune* (junio de 1853) reconoce que “la miseria ocasionada en Indostán por la dominación británica ha sido de naturaleza muy distinta e infinitamente superior a todas las calamidades experimentadas hasta entonces por el país”. Recuerda, para caracterizarla, lo dicho por el exgobernador británico de Java a propósito de la expoliación holandesa en las Indias Orientales, que le parece un ejemplo elocuente de lo que sucede en la India: “empleó todo el aparato del despotismo existente para exprimirle a la población hasta el último céntimo en contribuciones y obligarla a trabajar hasta su completo agotamiento...” Pero a la vez explica cómo, junto a esa brutalidad, los ingleses realizaron

la destrucción de la base más sólida de “despotismo oriental” que era el sistema de gobierno en el “modo de producción asiático”, es decir el llamado “*village system*”, la “unión patriarcal entre la agricultura y la artesanía”, que permitía a millones de seres humanos vegetar en el retraso sin perecer. A Marx no lo engañan todas las expresiones aparentes de la milenaria cultura india. El sabe de la proliferación de maravillosas obras arquitectónicas, conoce los valores espirituales humanos a través de los cuales los hindúes han pretendido escapar al intolerable sufrimiento terrenal; pero todo eso no le oculta la base de retraso en que están edificados los palacios espléndidos. No por “eurocentrismo”, sino por una cabal comprensión del curso inmediato de la humanidad, Marx sostiene que si la India —el Asia— se inmoviliza en esa “cultura” estática, el sufrimiento no sólo persistirá sino que se hará mayor cada día. Por eso le vemos escribir:

Sin embargo, por muy lamentable que sea desde un punto de vista humano, ver cómo se desorganizan y disuelven esas decenas de miles de organizaciones laboriosas, patriarcales e inofensivas; por triste que sea verlas sumidas en un mar de dolor, contemplar cómo cada uno de sus miembros va perdiendo a la vez sus vie-

jas formas de civilización y sus medios tradicionales de subsistencia, *no debemos olvidar que esas idílicas comunidades rurales, por inofensivas que pareciesen, constituyeron siempre una sólida base para el despotismo oriental, que restringieron el intelecto humano a los límites más estrechos, convirtiéndolo en un instrumento sumiso a la superstición y privándolo de toda grandeza y de toda iniciativa histórica* [subrayado nuestro. CRR.]².

Por eso Marx señala que, aunque “Inglaterra actuaba bajo el impulso de los intereses más mezquinos, dando pruebas de una verdadera estupidez en la forma de imponer esos intereses...”, realizaba —a través de esa brutal irrupción— una “verdadera revolución social”.

No es esta, sin duda, la visión de un poeta humanista, sino de un filósofo de la historia que es, al mismo tiempo, un revolucionario. Carlos Marx y no Víctor Hugo. Marx se da cuenta de que su interpretación puede ser im-

² Carlos Marx y Federico Engels: “La dominación británica en India”, en *Obras escogidas en dos tomos*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, p. 351 y siguientes. (La Editorial “Mezhdunarodnaia Kniga” ha recogido todos los trabajos de Marx y Engels sobre el tema en un libro editado en inglés con el título de *Marx and Engels in colonialism*. Se prepara la edición en español).

pugnada y se apresura a explicar: “De lo que se trata es de saber si la humanidad puede cumplir su misión sin una revolución a fondo del estado social de Asia”. Para él resulta evidente que esa posibilidad no existe. Y por ello considera que “a pesar de todos sus crímenes, Inglaterra fue el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución”.

Es claro que Marx no podía detenerse en esa primera fase del resultado “revolucionario” de la penetración británica. Un mes más tarde, en un segundo artículo sobre el tema: “Futuros resultados de la dominación británica en la India”,³ Marx explica cómo Inglaterra al mismo tiempo que *destruye* la vieja sociedad asiática sienta “las bases materiales de la sociedad occidental en Asia”.

Estudia las consecuencias que traerá la extensión de los ferrocarriles, usados por Inglaterra como medio de “abaratarse el transporte de algodón y de otras materias primas para sus fábricas”. Esto —dice— “implicará la introducción de la maquinaria en otras ramas de la industria que no están directamente relacionadas con el transporte ferroviario. El sistema ferroviario se convertirá por tanto en la India en un verdadero precursor de la In-

³ *Ibid.*, p. 360-7.

industria moderna". Todo ello "no emancipará a las masas populares ni mejorará sustancialmente su condición social"; dará lugar, sin embargo, a un nuevo tipo de sociedad, permitirá situar el problema de las relaciones entre la India y sus explotadores en un nuevo contexto. Marx lo resume con palabras que, de un salto, anticipan nuestro tiempo:

Los hindúes no podrán recoger los frutos de los nuevos elementos de la sociedad, que ha sembrado entre ellos la burguesía británica, mientras en la misma Gran Bretaña las actuales clases gobernantes no sean desalojadas por el proletariado industrial o *mientras los propios hindúes no sean lo bastante fuertes para acabar de una vez y para siempre con el yugo británico* [subrayado nuestro. CRR].

Al considerar estos análisis un siglo después lo hacemos desde otro ángulo histórico y con una nueva perspectiva. No puede alegrarnos ya ninguna intromisión de las grandes potencias en cualquier zona del mundo colonial, porque esa contradictoria eficacia histórica que supo apreciarle Carlos Marx ha desaparecido. Estamos en ese otro momento por él previsto en que no sólo los hindúes sino todos los pueblos coloniales son lo bastante fuertes para acabar de una vez con los yugos. Pero

comprendemos que si esa posibilidad existe es porque precisamente todas las perspectivas anticipadas por Marx se han cumplido. La "europeización" de que hablara en una carta del 14 de junio de 1853 ha tenido lugar. Se nos hace evidente, al mismo tiempo, que el panorama histórico previsto, casi al detalle, por él, no tiene nada que ver con esa supuesta "misión civilizadora" que los social-reformistas europeos inventaron después de la muerte de Marx para justificar el colonialismo y convivir con él, participando, de paso, en el reparto de sus dividendos. En ese mismo artículo sobre el futuro, nos damos cuenta claramente de que Marx, como antiguo hegeliano, no hace más que "racionalizar la realidad" e interpretarla con un sentido revolucionario. El sabe demasiado bien que en toda sociedad de clases el progreso exige sus tributos y que es "como ese horrible ídolo pagano que sólo quería beber el néctar en el cráneo del sacrificado". Por eso, aunque considera inescapables las vías del progreso capitalista, abomina de ellas y sabe que es necesario cancelarlas pronto y definitivamente. Termina así ese artículo con estas palabras, que son a un tiempo sueño e incitación revolucionaria:

Y sólo cuando una gran revolución social se apodera de las conquistas de la época

Pero a comienzos del siglo, las circunstancias eran otras. Fue Lenin mismo quien destruyó las especulaciones de los populistas a propósito de un posible desarrollo *no* capitalista de la sociedad rusa sobre la base de las comunidades agrícolas que Marx había considerado en 1882 como "punto de partida para un desarrollo comunista", y demostró en su *Desarrollo del capitalismo en Rusia* el avance incontestable de las formaciones capitalistas. El "asiatismo" se traslada así a los contornos del Imperio, a las relaciones entre Rusia y sus vasallos enfeudados. Y en ese aspecto no existía aún polémica alguna en los medios socialdemócratas rusos. Sólo las teorías del "Bund" judío habían empezado a manifestarse. Se explica por ello que Lenin dejara a Martov la responsabilidad de redactar el aspecto nacional del programa del Partido, al mismo tiempo que polemizaba con él hasta la escisión por los problemas organizativos, a los que concedía la importancia esencial que todos sabemos.

En el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart, sin embargo, se manifestaron con violencia los brazos oportunistas que surgieron ya, en torno al problema colonial, desde el Congreso de Amsterdam, en 1904.

Lenin, al frente de las delegaciones rusa y

polaca, junto a Rosa Luxemburgo y Martov, tuvo el apoyo de Kautsky y la delegación alemana y pudo derrotar el empeño reformista. Si en Amsterdam el holandés Van Kol y los reformistas alemanes David y Bernstein empezaron a hablar en favor de la aceptación de un "colonialismo tutelar" sobre los "inmaduros" países coloniales, en Stuttgart la maniobra adquirió forma organizada. Lenin relató el asunto en dos artículos distintos que bajo el mismo título, "El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart", publicó en *Proletari* el 20 de octubre de 1907 y en el *Calendario de 1908 para todos*, en el mismo mes.⁷

En ellos, se refiere enseguida al papel oportunista que ya empezaba a tener la socialdemocracia alemana. Recordaba la carta en que Engels le explicaba a Sorge cómo "en épocas de tranquilidad todo se torna filisteo". Indica que los alemanes "dieron muestras de no poco filisteísmo", como lo reconocieron "sus más reflexivos y relevantes guías", entre los cuales menciona a Clara Zetkin y al propio Kautsky. Como una de las muestras, Lenin consigna lo ocurrido respecto al problema colonial. "En la Comisión de la cuestión colonial", relata, "se formó una mayoría oportu-

⁷ Obras completas, Tomo XIII, p. 69 a 88.

nista y en el proyecto de resolución apareció esta frase monstruosa [subrayado nuestro. CRR]: “el Congreso no condena en principio y para siempre cualquier política colonial, que en un régimen socialista puede ejercer una acción civilizadora”. Lenin resalta con indignación que eso entrañaba una evidente “desviación hacia la política burguesa y la ideología burguesa . . .” El concepto mismo de “política colonial socialista”, aclara, “es una confusión sin fin”. La degradación oportunista alcanzaba un punto en que Van Kol, al defender la moción de David, llegó a decir que los socialistas debían ir armados a realizar su misión entre los indígenas si no querían ser devorados por “los caníbales”. Y fue un anticipo de lo que haría la socialdemocracia europea pocos años más tarde al surgir el conflicto imperialista, el que la “frase monstruosa” que indignara a Lenin sólo fuera derrotada por 128 votos contra 108, con 10 abstenciones.

Al destacar la importancia de que el oportunismo quedara desenmascarado en la votación, Lenin aprovecha para hacer patente, a la vez, la cara negativa del debate y de esa votación tan sintomática. Recuerda la aguda frase de Sismondi, grata a Marx, según la cual mientras “los proletarios del mundo antiguo

vivían a expensas de la sociedad; la sociedad moderna vive a expensas de los proletarios”. Lenin apunta que empiezan a producirse cambios en esa situación para un sector del proletariado.

La vasta política colonial [escribe] ha llevado *en parte* al proletariado europeo a una situación en la que *no* es su trabajo el que mantiene a toda la sociedad, sino el trabajo de los indígenas casi totalmente sojuzgados de las colonias (. . .) La burguesía inglesa, por ejemplo, obtiene más ingresos de los centenares de millones de habitantes de la India y de otras colonias suyas que de los obreros ingleses. Tales condiciones crean en ciertos países una base material, una base económica para contaminar el chovinismo colonial al proletariado de esos países.⁸

⁸ Como se sabe, hacia el fin de su vida Federico Engels había advertido con sagacidad ese fenómeno y previó que los obreros ingleses no se librarían de ese aburguesamiento que les llegaba por la vía colonial, sino con la liberación de las colonias inglesas. Por otra parte, en su carta a Kautsky de septiembre de 1882, anticipa como inevitable la liberación no sólo de aquellas “colonias” ocupadas por una población blanca como Canadá, Australia y El Cabo, sino también de las habitadas por poblaciones nativas como las posesiones holandesas, portuguesas y españolas, India y Argelia. Engels predecía que habría una revolución “y no transcurrirá por supuesto sin todo género de destrucción; pero esas cosas son inseparables —decía el irreductible y siempre juvenil anti-

Lenin tenía en cuenta, sin duda, no sólo la posición de David y los alemanes, sino otras frases no menos "monstruosas" que surgieron de delegados como Rouanet (Francia), quien dijera: "Creo que es demasiado fácil culpar de todo al capitalismo y cargarlo con los crímenes de la colonización. Este no es un fenómeno capitalista sino un fenómeno histórico".

Vale notar, asimismo, que en Amsterdam y Stuttgart comenzaron a debatirse en el seno del movimiento socialista problemas concretos que hasta fecha muy reciente han estado dividiendo el movimiento obrero internacional entre reformistas y revolucionarios. Se postuló con toda crudeza la necesidad de las colonias: "Europa necesita colonias" —dijo cínicamente David—. "En realidad no tiene bastantes. Sin colonias seríamos comparables, desde el punto de vista económico, a China". Van Kol esgrimió otro argumento: la protección "contra las formas retrasadas de producción", la necesidad de asegurar "a los obreros de los países civilizados contra la competencia mortal del trabajo colonial". Por último, las colonias fueron presentadas como una reserva necesaria para situar allí los excedentes

guo guerrillero— de todas las revoluciones . . . Y eso sería ciertamente lo mejor para nosotros".

de mano de obra que la industria europea no podía absorber.

En definitiva, había comenzado una batalla ideológica y política central. No es extraño que para Lenin, Stuttgart significara su inmersión plena en los problemas coloniales.

EL DESPERTAR ASIÁTICO

En su homenaje a la muerte de Lenin, Ho Chi-Minh lo presentaba como el primero de los revolucionarios de la Europa contemporánea en comprender el significado de las luchas que comenzaron a remover al Asia en la primera década de nuestro siglo.

En efecto, ya en 1908 Lenin manifiesta esa clara concepción. Se trata del conocido artículo "Material inflamable en la política mundial". Lo que caracteriza esta nota es que no se limita a reseñar lo que ocurre y prever su ulterior desarrollo. Aunque la lucha de los turcos, indios y chinos que le sirve de referencia se lleva a cabo en países donde la clase obrera no tiene todavía un papel importante y no existe un verdadero movimiento comunista, Lenin asocia esas luchas, *burguesas* en su apariencia y hasta en su contenido inmediato, con la revolución socialista europea. Después de pronosticar que serán "m-

llones, decenas de millones" los proletarios de Asia a quienes el abuso de las potencias europeas impulsará a la lucha, Lenin concluye: "Los obreros políticamente conscientes de Europa tienen ya camaradas en Asia y su número crece, no por días sino por horas . . ."

Será, sin embargo, la revolución china la que le permitirá iniciar un análisis más a fondo de las corrientes políticas y sociales que la rebelión de las colonias y semicolonias incorpora al escenario mundial.

La primera aproximación importante la encontramos en su artículo sobre "Democracia y populismo en China", publicado en julio de 1912.⁹ Aquí Lenin ensaya delimitar el contenido de clase de los diversos grupos y personalidades decisivas. Yuan Shikai, opina, representa a la "burguesía monárquica liberal que apenas si ha tenido tiempo de convertirse en republicana liberal". Y, con penetración excepcional, asegura que esa capa social y su líder "mantendrán una política de maniobras entre la monarquía y la revolución". Los contrasta con Sun Yat-sen, que encarna "la democracia burguesa revolucionaria". Se puede ver cómo Lenin está seguro de la traición de la alta burguesía (ayer monárquica y hoy "re-

⁹ Obras completas. Tomo XVIII, p. 156-62.

publicana") y duda de la firmeza del ala democrático-revolucionaria. Meses más tarde, en su artículo "La China renovada" (18 de noviembre de 1912, publicado bajo la firma de "T"), expresará con claridad esas dudas con estas palabras: "La libertad ha sido conquistada en China por la alianza de la democracia campesina y de la burguesía liberal". Puesto que en esa alianza se nota "la ausencia o impotencia completa del proletariado", esa libertad no está asegurada aún. "Un futuro próximo nos mostrará si los campesinos, no dirigidos por el partido del proletariado, son capaces de mantener sus posiciones democráticas *contra* los liberales, quienes lo único que aguardan es un momento propicio para virar a la derecha".

Las raíces sociales de esa debilidad que él adivina en la "democracia burguesa revolucionaria" de Sun Yat-sen la explica Lenin al examinar su ideología confusa. Para él, Sun es "un demócrata revolucionario poseído de la nobleza y el heroísmo propios de la clase que va hacia arriba y no cuesta abajo, que no teme el futuro sino que tiene confianza en él y lucha abnegadamente por conquistarlo". Por eso Sun Yat-sen busca acertadamente el camino de la "renovación de China en el máximo desarrollo de la iniciativa, la decisión

y la audacia de las masas campesinas en cuanto se refiere a las reformas políticas y agrarias”.

Pero este revolucionario sincero que cree posible “evadir” el capitalismo para China y “subjetivamente” es socialista, postula, sin embargo, un programa de acuerdo con la situación objetiva en que se encuentra China. Y ese programa, que en el terreno de los cambios de propiedad se concreta a la transformación radical de la propiedad agraria, a la liquidación del feudalismo chino, será precisamente —destaca Lenin— el que ampliará las bases del capitalismo en el campo y, por ende, en todo el país. Porque en esas condiciones la nacionalización de la tierra “según lo indicó Marx en *Miseria de la filosofía*, lo demostró detalladamente en el tercer tomo de *El capital* y lo expuso con singular evidencia en su polémica con Rodbertus . . . representa el capitalismo más puro”. La sola reforma agraria conduciría a China al “más rápido progreso capitalista”. En todo esto, sin embargo, hay un elemento esencial. La revolución que puede tener lugar en China en ese momento, Lenin la considera como una de las “revoluciones burguesas de Asia”. La caracterización corresponde enteramente a todo el juicio de Lenin. Aunque habla de “demo-

cracia burguesa revolucionaria” y del papel de las masas campesinas, lo que permite pensar ya en una revolución radical, popular, es decir *democrático-burguesa*,¹⁰ no hay nada en el artículo que nos indique que Lenin creyera posible entonces que la revolución china de 1911 fuera a adquirir de inmediato una profundidad comparable a la que logró la rusa de 1905. Esto se confirma cuando Lenin compara a la burguesía que representa Sun con la democracia burguesa populista rusa desde Herzen hasta 1912. Y aquí es importante señalar otro elemento. En este artículo, Lenin nos demuestra la razón que tenía Marx seis décadas antes para esperar que fueran las transformaciones sociales introducidas violentamente por los capitalistas en Asia —su “europeización”— las que pusieran en pie al atargado continente. Al comparar el “espíritu combativo, noble y sincero” de la plataforma del presidente Sun Yat-sen con el siniestro papel de los presidentes de las repúblicas europeas “agentes o muñecos en manos de una burguesía podrida de pies a cabeza”, Lenin se pregunta: “¿No significará esto que el Occidente está podrido y que la luz viene sólo

10 Más adelante abordaremos las distinciones entre una y otra clases de revolución y los equívocos que subsisten en torno a ellas.

del Oriente místico y religioso?" Y replica enseguida: "No, se trata justamente de lo contrario. Significa que el Oriente ha entrado de manera definitiva en el camino de Occidente". Y concluye este enfoque con un contraste que exige ser sopesado e interpretado para entender mejor la concepción leninista del desarrollo revolucionario colonial:

Está podrida la burguesía occidental, que tiene ya ante sí su sepulturero en la persona del proletariado. En Asia, en cambio, hay *aún* una burguesía capaz de representar una democracia sincera, combativa y consecuente, compañera digna de los grandes propagandistas y de los grandes políticos franceses de finales del siglo XVIII.

Si examinamos esta frase aisladamente, no deja de provocar sorpresa. Pero las solas explicaciones de Lenin en ese breve ensayo ayudan a eliminar toda confusión.

Hay burguesía y burguesía. Es cierto que todavía Lenin en ese momento no perfila con toda nitidez las diferencias entre los diversos sectores burgueses del mundo colonial. Pero el modo en que distingue al "burgués liberal" Yuan Shi-kai, del "demócrata-burgués Sun Yat-sen" es ya indicativo. Pero, además, Lenin esboza una caracterización *social*. Y nos

dice: "El representante principal o principal soporte social de esta burguesía asiática, capaz aún de una obra históricamente progresista, es el campesino".

La imprecisión que deja Lenin entre los conceptos de "representante social" y "principal soporte social" no disminuye la categórica diferenciación entre aquellos grandes burgueses representados por Yuan Shi-kai que "se inclinan principalmente a la traición" y estos otros "demócratas populistas" de quienes formula tan altos elogios. No podemos olvidar que Lenin escribe todavía en 1912, cuando la revolución china se desenvuelve aisladamente. La revolución socialista europea se encuentra en un momento de retroceso, y sin que haya surgido el centro socialista mundial que aparecerá en octubre de 1917. Por tanto, la revolución china no es aún, como se convertirá después, parte integral de la revolución socialista mundial. Lo mismo que la turca que encabezara Kemal Atataturk constituyó el inicio de la transferencia al Asia de las revoluciones nacionales del siglo XIX europeo, en que la burguesía conserva el papel principal.

Lenin, sin embargo, comienza ya en este artículo a destacar los elementos nuevos que le permitirán, pocos años más tarde, formular

con precisión una estrategia para las nuevas condiciones. Retengamos estas frases finales de su artículo, porque en ellas está el germen de esa teoría:

... en la medida en que aumente en China el número de Shanghais, crecerá también su proletariado. Este formará también su partido obrero social-demócrata chino, que a la vez que haga la crítica de la utopía pequeñoburguesa y las concepciones reaccionarias de Sun Yat-sen, se preocupará sin duda de destacar, mantener y ampliar el núcleo democrático-revolucionario de su programa político y agrario.

Lo importante, en ese momento, para Vladimir Ilich era precisamente ese surgimiento a la vida política de las "decenas y centenares de millones". Lo seguirá proclamando en sus artículos de 1913. La paradoja que había definido literariamente, se había transformado en mayo de 1913 en una realidad palpable. Yuan Shi-Kai había traicionado y la burguesía occidental lo secundaba, le facilitaba un empréstito "contra la democracia china: Europa está por Yuan Shi-kai, que prepara una dictadura militar", explica Lenin... "Toda la Europa que manda, toda la burguesía europea, está en alianza con todas las fuerzas de la

reacción y el medioevo en China". En cambio, "en Asia crece, se extiende y se fortalece por todas partes un poderoso movimiento democrático. Allí la burguesía está aún con el pueblo contra la reacción..." De ahí que Lenin titule este artículo con una frase que recoge aquella paradoja histórica: "La Europa atrasada y el Asia avanzada".¹¹ Y que, con toda confianza en el porvenir, exclame en otro trabajo: "El despertar de Asia y el comienzo de la lucha por el poder que libra el proletariado avanzado de Europa marcan, en los albores del siglo XX, un nuevo jalón en la historia universal".¹²

INTERMEDIO PREPARATORIO

No hay período más rico en la historia del movimiento internacional —si se excluyen, desde luego, los días azarosos en que Marx y Engels comenzaron a construirlo— que el quinquenio de 1912-7. Son los años del deslinde final acelerado y propiciado por la Primera Guerra imperialista. Quien pretenda medir la dimensión de Lenin como maestro

11 Obras completas, Tomo XIX, p. 91.

12 "El despertar de Asia". Pravda, 7 de mayo de 1913. Firmado "F". Obras completas, Tomo XIX, p. 76 y siguientes.

de la estrategia y de la táctica tendrá que seguir paso a paso las incidencias de aquellas escaramuzas decisivas. Es ésta la época en que, frente al oportunismo de Trotsky ¹³ y la rigidez de Rosa Luxemburgo —aunque acompañado en los momentos más importantes por la estupenda palanca—, Lenin hace triunfar los principios del bolchevismo. Fue entonces cuando desde la derecha socialdemócrata y de la izquierda en la cual encontraría después de la revolución aliados importantes, Lenin recibe el título de “escisionista” que a otros podría haberles parecido ominoso, pero que a él le daba la satisfacción de saberse dueño de una verdad revolucionaria que podría desafiar todos los posibles compromisos. Era preciso consolidar un férreo equipo bolchevique y Lenin procede a librarse de los vacilantes, los liquidadores, los menchevizantes. Hacía falta despojar al oportunismo de la Segunda Internacional de sus disfraces antes de que la

13 Pocos momentos antes de suicidarse, Joffe, uno de los personeros más destacados y respetados de la oposición trotskista, le escribía al propio Trotski una carta en que trazaba este paralelo definitivo: “Siempre he pensado que a usted le faltaban aquella inflexibilidad y aquella intransigencia de Lenin, aquel carácter del hombre que está dispuesto a seguir aunque sea solo por el camino que se ha trazado, por saber que es el único, en la seguridad de que, tarde o temprano, tendrá a su lado a la mayoría y de que los demás reconocerán que estaba en lo cierto”.

guerra pusiese a prueba a los partidos obreros, y Lenin se negó a cualquier transigencia que contribuyera a dejarle alguna máscara. Recordemos tan sólo el episodio provocado por el intento de los dirigentes de la Internacional Socialista de reunificar a toda costa a los mencheviques y los bolcheviques en un solo partido ruso. Es julio de 1914; Lenin no asiste a la reunión y ordena a la representante del grupo bolchevique, Inesa Armand, que rechace todo compromiso en que los principios del bolchevismo no prevalezcan. Plejanov, Kautsky, Huysmans y los viejos patriarcas que muy pronto van a dejar al descubierto su endeblez política, se indignan: “Lenin quiere la unidad, como un hombre desea la unidad con un trozo de pan: para devorarla”, exclama Kautsky. Y se acuerda reunir en agosto el Congreso de la Internacional y convocar a Lenin para que explique su conducta. Pocos días más tarde estalla la guerra. Cuatro años después, el poder soviético en Rusia y la quiebra lamentable del socialismo alemán habrían explicado todas las conductas.

Durante estos cinco años, el centro de gravedad de la historia estuvo en los acontecimientos europeos. Y Lenin no pudo apartarse un solo momento de aquel turbión que reclamaba una vigilia completa. La política asiática

ca queda un tanto desplazada de su interés diario. Y, sin embargo, es precisamente en ese período cuando se producen dos contribuciones teóricas suyas que van a darle al estudio del problema colonial un instrumental de análisis aún más completo. Nos referimos a sus tesis sobre el problema nacional y a su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

Lo que provoca sus aportaciones en cuanto al problema nacional no es esta vez la cuestión del Asia, sino la misma situación europea. La guerra, al poner en quiebra el antiguo imperio austro-húngaro y anunciar las posibles fragmentaciones de los imperios germano y ruso, desató de nuevo entre los socialistas la controversia. La protagonista principal en esa disputa fue Rosa Luxemburgo. Tal vez no había entonces en toda la nómina de los dirigentes socialistas del mundo otra cabeza como la suya para alternar con Lenin. Y sin embargo, de nuevo sobresalió la capacidad insuperable de Vladimir Ilich para unir el más alto grado de audacia generalizadora con una inverosímil aptitud de ver las cosas en su cercanía concreta, en su inmediatez histórica. A Rosa, los principios parecían de pronto enturbiarle el panorama, impidiendo fluir a su magnífica reflexión creadora. Le-

nin pensaba, "hic et nunc", sin dejar de pensar, a la vez, para todos los tiempos.

¿Cuál era la esencia de esta polémica?

Los polacos, con Rosa Luxemburgo al frente, acaudillaban al grupo extremo de los "internacionalistas". Para ellos, el elemento "nacional" no era ya válido. El carácter internacional de la revolución exigía no sólo la más absoluta subordinación de los intereses nacionales a los intereses generales y *supranacionales* del movimiento, sino que hacía, en la práctica, racionario todo espíritu "nacional". La conclusión obvia era que los defensores de esta tesis rechazaran como obsoleto y antirrevolucionario cualquier invocación al "derecho de las naciones a la autodeterminación". Rosa y sus compañeros, al defender estos criterios con ardor, tomaban en cuenta, sobre todo, el carácter reaccionario, evidente y soberbio, del nacionalismo polaco.

No estaban del todo solos en esa controversia. Setenta años antes, Marx y Engels habían mostrado muy a las claras su decisión de darle más importancia a la estrategia de lucha del movimiento internacional por la democracia y el socialismo que a los estrechos factores nacionales. No se trata siquiera de aquella afirmación genérica que tantas veces, desfigurándola, la reacción ha sabido utilizar

contra los comunistas y que vibraba en el *Manifiesto*: "Los trabajadores no tienen patria". Marx y Engels habían aplicado, además, a la situación europea ese sentido internacionalista para decidir que todo lo que sirviera para consolidar al que ellos consideraban el bastión fundamental de los reaccionarios, la Rusia zarista, era opuesto a la revolución. Por tanto, si el interés nacional de checos, eslovacos, serbios y croatas, los llevaba a independizarse del imperio Habsburgo sólo para caer en el imperio zarista de los Romanoff, ese interés nacional era antihistórico, es decir, opuesto a la revolución, y por tanto no defendible. Según ellos, esos pueblos eran demasiado pequeños, retrasados, débiles para mantenerse solos, y no tenían otra alternativa: si el separatismo que los entusiasmaba llegara a triunfar, caerían en el regazo del zarismo.

Es necesario aclarar, sin embargo, que Marx y Engels no tomaban una posición "de principio" contra lo nacional. Su actitud hacia Polonia y Hungría así lo demuestra. Veían en el nacionalismo polaco una fuerza indestructible, capaz de subsistir a la partición de Polonia entre Rusia, Alemania y Austria. Ese nacionalismo lo consideraban, además, en un sentido histórico como un elemento progresista, pues se oponía resueltamente a Rusia.

A más de medio siglo de distancia, sin embargo, en nuevas condiciones, los discípulos polacos de Marx alegaban que ya la parte más válida de su enfoque es la que conducía derechamente a la internacionalización, al ideal de un mundo sin fronteras, sin artificiales divisiones entre los proletarios. De aquí que Rosa Luxemburgo llegara, en medio de la polémica, a su posición más extrema: en la etapa del imperialismo no es posible ya concebir una "guerra nacional" que pudiera ser defendida por los marxistas revolucionarios.

El problema nacional había venido preocupando a Lenin aún antes de la guerra por razones que tenían que ver con los problemas internos del movimiento obrero revolucionario más que con el destino mismo de las naciones. Si en Rusia las tesis del Bund judío predicaban la separación de los militares por su origen nacional, en el centro de Europa —adonde lo había llevado la emigración— pudo ver cómo el movimiento socialista se subdividía en facciones "nacionales". Esto le preocupaba. En una de sus cartas a Máximo Gorki decía: "En lo que concierne al nacionalismo estoy completamente de acuerdo con usted, es necesario prestarle mayor atención". Y contestando a las incitaciones de su gran amigo para que la resolución que se preparaba no

fueran simples “máximas de manual, expresiones burocráticas”, le replicaba:

en este punto usted se deja arrastrar a reproches mal fundados. No, no se trata de pura charlatanería. En el Cáucaso, entre nuestros socialdemócratas, georgianos, armenios, tártaros, rusos, trabajan *juntos* en una organización socialdemócrata *única* desde hace diez años . . . No, una cosa tan vil como la que pasa en Austria no se verá jamás entre nosotros . . .

Es entonces cuando encomienda a Stalin que prepare su conocida obra sobre la cuestión nacional y —entusiasmado por su trabajo¹⁴— le ayuda con sugerencias importantes. Lo mismo hace con Chaumian una vez que Stalin cae en manos de la policía zarista y es deportado a Siberia. Por último emprende él mismo un trabajo sistemático sobre el tópico vital.

Así, cuando en febrero de 1916 publica sus “Tesis” bajo el título de “La Revolución Socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación”,¹⁵ Lenin lo hace con un do-

14 “Tenemos aquí” —le escribe en esa misma carta a Gorki refiriéndose a Stalin— “un georgiano magnífico que se prepara a escribir un largo artículo para *Prosvetchenie* . . .”

15 *Obras completas*, Tomo XXII, p. 150 y siguientes. En

minio total de los muchos batientes del problema.

Sería apartarnos del tema glosar en cada uno de sus aspectos la tesis leninista. Nos ceñiremos, pues, a aquello que contribuye a precisar la postura de Lenin en torno a las cuestiones coloniales.

En primer término, Lenin se dedicó a refutar la idea de que “el derecho a la autodeterminación”, lo mismo que otros aspectos democráticos, resultaban “irrealizables” bajo el imperialismo. Para Lenin, era “ridículo” negar las posibilidades liberadoras de la India o Polonia. Yendo más al fondo del problema, Lenin argumenta que si se trata de lo “irrealizable” de la independencia económica, este hecho no puede usarse como argumento, pues “el capital financiero . . . puede ‘libremente’ comprar o sobornar al más libre gobierno democrático y republicano” aun en los países que ya gozan de independencia jurídica. La consigna sobre la “autodeterminación” se refiere precisamente a ese derecho democrático y no a otra cosa.

Aborda, enseguida, la cuestión desde el ángulo de los *deberes* de una revolución socialista victoriosa. “El socialismo victorioso”,

el mismo Tomo, p. 320, “El Folleto de Junius”, su réplica a Rosa Luxemburgo.

sostiene, "debe necesariamente realizar la democracia total; por consiguiente no sólo tiene que poner en práctica la absoluta igualdad de derechos entre las naciones, sino también realizar el derecho de las naciones oprimidas a su autodeterminación, es decir, el derecho a la libre separación política". Con ello anticipa cuál sería la posición de los bolcheviques victoriosos respecto a las naciones y nacionalidades "no rusas" —asiáticas en su mayor parte— que constituían la mayor parte del Imperio.

No podía Lenin esquivar el uso que habían hecho hasta entonces de Marx y Engels sus adversarios. Su refutación es tan pormenorizada como precisa:

En contraposición a los proudhonianos que "negaban" el problema nacional "en nombre de la revolución social", Marx, teniendo a la vista más que nada los intereses de la lucha de clases de los países adelantados, destacaba en un primer plano el principio fundamental del internacionalismo y del socialismo: no puede ser libre un pueblo que oprime a otros pueblos.

Citaba entonces la apelación de Marx en 1848 dirigida a los alemanes para que "la democracia victoriosa . . . proclamara y realiza-

ra la libertad de los pueblos oprimidos por los alemanes" y recordaba que en el mismo sentido Marx exigía de los obreros ingleses la lucha para que Irlanda tuviera el derecho de separarse de Inglaterra "aun si después de la separación —decía Marx— se llegase a la federación".

Es verdad, continuaba Lenin, que Marx concedía gran importancia a la concentración "no solamente económica sino también política" de las pequeñas naciones en un gran conjunto, pero Marx defendía "el carácter progresista de esta concentración cumplida de una manera no imperialista" y entendía "el acercamiento mutuo de las naciones no sobre una base de fuerza sino sobre la base de la libre unión de los proletarios de todos los países".

Refiriéndose a quienes invocaban las posiciones de Marx en 1848 que hemos explicado antes, para presentarnos a Marx y Engels como enemigos del principio nacional, Lenin contestaba:

"Es falso, pues en 1848 hubo razones históricas y políticas para establecer una diferencia entre naciones 'reaccionarias' y democrático-revolucionarias. Marx estaba en lo cierto al condenar a las primeras y apoyar a las segundas". Y restablecía de este modo la pre-

misa común de los revolucionarios frente al problema nacional: "El derecho a la autodeterminación es una de las reivindicaciones de la democracia que, lógicamente, debe supeditarse a los intereses generales de ésta. En 1848 y los años siguientes, dichos intereses residían, en primer lugar, en la lucha contra el zarismo".

El hecho de que "la lucha por la libertad nacional contra una potencia imperialista pueda ser aprovechada, en determinadas condiciones, por otra "gran" potencia en beneficio de sus finalidades, igualmente imperialistas" ¹⁶ no dejaba de tenerlo Lenin en cuenta: pero esta posibilidad, argüía, no puede obligar a la socialdemocracia a renunciar a ese principio. Tampoco dejaba de advertir la posibilidad contraria, es decir, que un país utilizara la supuesta "autodeterminación" para defender sus intereses imperialistas. Tal era el caso de Holanda, que en nombre de la "autodeterminación" quería el apoyo de sus trabajadores para su participación en la guerra imperialista. Convalidar esto, señalaba Lenin, "sería una tergiversación del marxismo en la teoría

¹⁶ "Los intereses nacionales" —decían las Tesis polacas del grupo "Internacional"— "únicamente sirven de instrumento de engaño para poner a las masas trabajadoras al servicio de su mortal enemigo: el imperialismo".

y en la práctica... un olvido de los *centenares de millones* de las naciones avasalladas..." Por eso Vladimir Ilich, aunque lamentaba que el socialista holandés Horter negara el derecho a la autodeterminación, lo elogiaba porque de otro lado "aplica este principio con acierto cuando exige *inmediatamente* 'la independencia política y nacional' de las Indias holandesas y desenmascara a los oportunistas holandeses, quienes rehusan presentar esta reivindicación y luchar por ella".

Esa referencia nos indica que al discutir el problema *européo* Lenin no deja de considerar las repercusiones de esta cuestión política esencial en toda la órbita del coloniaje imperialista.

Y ciertamente sus "Tesis" distinguen a los países muy claramente desde el ángulo de las relaciones hacia el problema nacional. En primer lugar, "los países adelantados de Europa occidental y los Estados Unidos", donde "los movimientos nacionales burgueses-progresistas terminaron... desde hace mucho tiempo" y que en la práctica se han convertido en países que avasallan a otros. En segundo lugar, aparecen los países del "Este de Europa", donde la lucha nacional y el trabajo socialista se mezclan como tareas simultáneas e inmediatas en algunos de ellos y en otros el socia-

lismo no puede realizarse si sus obreros no proclaman y llevan a la práctica el derecho de autodeterminación para los pueblos avasallados por su propio imperio (Rusia). Por último, y esto es lo importante para nuestro tema, “los países coloniales como China, Persia, Turquía y todas las colonias: en total cerca de 1.000 millones de habitantes”. Aquí los movimientos democráticos burgueses en parte se encuentran apenas en sus comienzos y en parte están lejos de haber terminado. Lenin expresa que los socialistas, “no sólo deben exigir una inmediata e incondicional liberación sin indemnización de las colonias”, y añade una idea en la que ya está el núcleo de lo que serán sus recomendaciones estratégicas pocos años después:

Los socialistas deben apoyar de la manera más decidida a los elementos más revolucionarios de los movimientos democrático-burgueses de liberación nacional y ayudar a su rebelión —y si se da el caso también a su guerra revolucionaria— contra las potencias imperialistas que los oprimen.

La existencia de esas dos series de países —el este europeo y las colonias— es lo que convierte en un verdadero absurdo político la tesis del grupo polaco: “En la era del imperia-

lismo desenfrenado ya no puede haber guerra nacional alguna”. El argumento capital de Rosa Luxemburgo radicaba en que al estar los territorios coloniales distribuidos entre grandes potencias, cualquier guerra nacional iniciada en ellos se transformaría en imperialista, porque afectaba los intereses de una u otra de las potencias o coaliciones imperialistas. La posibilidad “dialéctica” de que una guerra nacional se transformara en imperialista o viceversa no era negada por Lenin. Pero éste advertía contra el peligro de transformar la dialéctica en sofística y pedía que esas posibilidades de transformación se examinaran “por medio del análisis concreto de una transformación *dada*, en su ambiente y desarrollo”. Pasaba entonces a examinar como “improbable” que la guerra imperialista que se desarrollaba se transformara en una guerra nacional. Era improbable pero no “imposible”. Sin embargo, añadía con fuerza: “Las guerras nacionales libradas en las colonias y semicolonias, no sólo probables sino *inevitables* en la época del imperialismo . . .” “La continuación de la política de liberación nacional de las colonias las conducirá *inevitablemente* a librar guerras *nacionales* contra el imperialismo”. Y en otra parte de su artículo precisa: “Las guerras nacionales contra el

imperialismo no son sólo posibles y probables: son inevitables y son *progresistas y revolucionarias*" [subrayado de Lenin]. Pasaba entonces a enumerar las condiciones en que semejantes guerras revolucionarias podrían conducir a la victoria. En definitiva, para Lenin, según lo establecía en su artículo "Balance de una discusión . . ." 17

Crear que es concebible la revolución social sin sublevaciones de las pequeñas naciones en las colonias y en Europa, sin estallidos revolucionarios de una parte de la pequeña burguesía, *con todos sus prejuicios*, sin el movimiento de las masas políticamente no conscientes, proletarias y semiproletarias, contra la opresión terrateniente, clerical, monárquica, nacional, etc., creer eso, equivale a renegar de la revolución social . . . Quien espera una revolución social "pura" no llegará a verla jamás, es un revolucionario de palabra y no comprende lo que es una verdadera revolución.

Luchas nacionales en Europa y en las colonias. He aquí el pronóstico leninista. Sólo que en julio de 1916, Lenin seguía atribuyéndole prioridad en su valoración de los efectos revolucionarios a lo que aconteciera en el escenario europeo:

17 Obras completas, Tomo XXII, p. 336.

"La lucha de las naciones oprimidas en Europa, capaz de transformarse en sublevaciones y combates callejeros, de llegar hasta la trasgresión de la férrea disciplina del ejército y de un estado de sitio, agudizará la crisis revolucionaria en Europa con fuerza inmensamente mayor que una sublevación mucho más desarrollada en una lejana colonia", afirmaba. Y establecía una comparación concreta: "Si los dos golpes son iguales en fuerza, el asestado al poder de la burguesía imperialista inglesa por la sublevación de Irlanda tiene una significación política cien veces mayor que si se produjera en Asia o en África".

Creemos que pocos años después esa afirmación no se habría repetido, por lo menos en términos idénticos. La Revolución de Octubre iba a producir un cambio político y económico cualitativo en todas las relaciones internacionales, en toda la evolución de los procesos revolucionarios. Al constituirse el centro socialista, los estallidos del mundo colonial adquirirían una resonancia incomparablemente mayor, al lado de los cuales ni la más importante rebelión de Irlanda podría compararsele.

Nadie iba a contribuir más a su apreciación política y teórica que Vladimir Ilich Lenin. Pues en los mismos días en que polemizaba

con Rosa Luxemburgo y establecía sus tesis irrefutables sobre la autodeterminación, aparecía el libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. No es necesario ni posible entrar aquí a resumir su importancia. Pero en ningún otro lugar la significación económica y política del mundo colonial para la supervivencia del imperialismo fue delimitada con tanta seriedad científica, con tal fuerza persuasiva. Y si hasta ese momento existían contribuciones importantes y numerosas de Lenin a la causa de la emancipación de las colonias y semicolonias, aquel pequeño libro iba a convertirse, en lo adelante, no sólo en un diagnóstico de la estructura imperios-colonias, sino en arsenal para los combates inmediatos que iban a socavarla.

La Revolución de Octubre, en sí misma, constituyó la contribución histórica más importante para el desarrollo del proceso revolucionario de los países coloniales. Los dos primeros impulsores del marxismo en China —Li Ta-chao y Che'en Tu-tsiu¹⁸— y su per-

18 Director de la biblioteca de la Universidad de Pekín, donde fue jefe y maestro de Mao Tse-tung, quien ha reconocido su papel en la introducción del marxismo, Li Ta-chao pasó desde posiciones idealistas nacionales, a un dominio incompleto de la teoría de Marx. Después de largos servicios al movimiento revolucionario comunista y su partido, fue asesinado

sonero más descollante, Mao Tse-tung, han expresado la resonancia directa que, pese a la distancia, tuvieron en Pekín, Cantón y Shanghai los acontecimientos de Petrogrado y Moscú. No nos detendremos en esto porque, no obstante el papel personal decisivo de Lenin en producir la victoria del proletariado, los hechos exceden con mucho, en sus repercusiones, lo que podía considerarse un directo aporte leninista.

Lo que sí es necesario fijar es que mientras preparaba el camino hacia el poder, en medio de los desvelos, angustias y de un trabajo que lo absorbía plenamente, Lenin no dejó por un momento que la magnitud de lo que ocurría en occidente le opacara la perspectiva de la vinculación necesaria entre la revolución que iba a desatar y el movimiento colonial del cual había venido siendo analista y estimulador desde sus primeras señales.

Pocos días antes de lanzar la insurrección final, escribe Lenin sus notas "Sobre la revi-

por las fuerzas de Chan Tso-lin en Pekín en 1927, coincidiendo con el golpe de estado contrarrevolucionario de Chiang Kai-shek. Che'en Tu-tsiu pasó, por el contrario, de una actitud "europeísta" y del desdén por las posiciones nacionales, a un nacionalismo "marxista" revolucionario. Fue el primer Secretario del Partido Comunista Chino. Sus posiciones derechistas lo llevaron a la separación de las posiciones dirigentes.

sión del Programa del Partido” que fueron publicadas en ese mismo mes de octubre en la revista *Prosveschenie*.¹⁹ Ya al polemizar con Sokolnikov, advierte: “de buena gana me habría adherido al camarada Sokolnikov si pudiese una referencia *más* clara sobre la explotación de las colonias, pues se trata, sin duda, de una parte *importante* del concepto del imperialismo . . .” Poco después advierte:

Acaso fuese conveniente subrayar con más fuerza en el programa la situación especial que ocupa el grupo de países imperialistas más ricos, que se enriquecen parasitariamente con el saqueo de las colonias y de las naciones débiles. Es esta una particularidad importantísima del imperialismo, que, por lo demás, facilita hasta cierto punto el surgimiento de profundos movimientos revolucionarios en aquellos países que son víctimas de las cruzadas de rapiña imperialista, que viven bajo la amenaza y la estrangulación por obra de los gigantes imperialistas . . . dificultando en cambio, dentro de ciertos límites, el nacimiento de movimientos revolucionarios profundos en los países que saquean en forma imperialista a un cúmulo de colonias y de países extranjeros, y que de ese modo asocian a una parte muy grande (relativamente) de su po-

¹⁹ Obras completas, Tomo XXVI, p. 164.

blación en el reparto del botín imperialista.

Así en pocas palabras Lenin resume la importancia programática de su trabajo sobre el imperialismo y sus artículos sobre el oportunismo del movimiento obrero internacional, publicados en los años anteriores.

Por último, Lenin aborda el problema de la autodeterminación. Insiste en sus criterios —compartidos por la mayoría bolchevique— y propone que esa sea la única “declaración de principios” que contenga el programa. Categóricamente anticipa que, aunque el Partido Bolchevique quiere la unión en una sola república de todas las naciones y nacionalidades que hasta entonces han formado parte del imperio ruso, esa unión tendrá que ser *voluntaria* y nunca forzada. Por ello aplicará a esas naciones “el derecho de libre separación”. “Después de la toma del poder” —dice— “nosotros reconoceremos ese libre derecho a Finlandia, Ucrania, Armenia, a todos los pueblos oprimidos por el zarismo (y por la burguesía de la Gran Rusia). Pero, por otra parte, nosotros no deseamos que la libre separación se lleve a la práctica”.

Apenas pocas horas más tarde la revolución cumple sus promesas. Al día siguiente de la

toma del poder, a nombre "del gobierno que acabáis de nombrar", Lenin presenta el histórico "decreto sobre la paz", en que se propone una paz "sin anexiones ni indemnizaciones", basada en la libre decisión por los pueblos mismos de cuál ha de ser el destino de su nación. El Decreto, redactado y presentado por Lenin, especifica que esa libertad debe concederse "independientemente de la época en que se haya realizado esa incorporación forzosa, independientemente, asimismo, del grado de civilización o de retraso de la nación anexionada o mantenida por la fuerza dentro de los límites de un estado, independientemente, en fin, de si dicha nación se encuentra en Europa o en los lejanos países de ultramar".

Es, en una palabra, la exigencia de liberación para los pueblos oprimidos, colonizados o semicolonizados, sobre la base del ejemplo que dará enseguida el primer Estado obrero.

Y ese ejemplo no se hará esperar. En enero de 1918 el Gobierno de la Revolución declara la independencia de Finlandia. Desde diciembre de 1917 propone al Gobierno persa una discusión para organizar la retirada de las tropas rusas que estaban en el territorio de Persia y a fines de diciembre el Consejo de Comisarios del Pueblo dicta el Decreto "sobre la Armenia-turca".

Todas estas medidas las incluye Lenin como parte de su "Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado", documento que presenta a la Asamblea Constituyente dominada por los sectores antibolcheviques y burgueses para poner a prueba su carácter antipopular. En definitiva sería el Tercer Congreso de Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos de toda la Rusia el que aprobaría el famoso documento, en el que se lee:

[La Asamblea Constituyente] insiste en la ruptura con la bárbara política de la civilización burguesa, que edificaba la prosperidad de los explotadores en unas pocas naciones elegidas, sobre la esclavitud de centenares de millones de trabajadores en Asia, en las colonias en general y en los países pequeños.

[La Asamblea Constituyente] saluda la política del Consejo de Comisarios del Pueblo que ha proclamado la completa independencia de Finlandia, que ha comenzado a retirar las tropas de Persia y proclamado la libertad de Armenia de disponer sus propios destinos.

No había modo más vigoroso de ratificar, con los hechos, una política.

A partir de esas decisiones Lenin puso todo su celo y energía en que la posición de los

bolcheviques resultara clara no sólo para las nacionalidades europeas oprimidas por el zarismo, sino también —y muy especialmente— para los pueblos del Oriente. Si el derecho de secesión concedido a Finlandia mostraba a la clase obrera de occidente la fidelidad le principios de los revolucionarios rusos, la conducta con los países situados al Este le daría al naciente poder soviético el apoyo del vasto mundo colonial que estaba a sus espaldas, e insuflaría en esas fuerzas tremendamente potenciales, el impulso revolucionario.

El sentido de esa política late en cada una de las líneas de la apelación directa que Lenin lanza "A los camaradas comunistas del Turquestán" en noviembre de 1919.²⁰ Lenin se dirige a ellos "no en calidad de Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo y del Consejo de Defensa, sino a título de miembro del Partido". Quiere así darle un tono personal a su llamado, lograr —si cabe— una comunicación más directa.

El establecimiento de justas relaciones con los pueblos de Turquestán tiene ahora, sin exageración podemos afirmarlo, una importancia gigantesca, histórica, para la República Federativa Socialista Soviética de Rusia.

²⁰ Obras completas, Tomo XXX, p. 132.

Para toda Asia y para todas las colonias del mundo, para miles de millones de hombres, encerrará importancia práctica la actitud que la República Soviética obrera y campesina adopte ante los pueblos débiles y hasta ahora oprimidos.

Para ello Lenin "les ruega" prestar atención a este problema.

que hagan todos los esfuerzos por establecer, con el ejemplo y la práctica, relaciones fraternales con los pueblos del Turquestán, y demostrarles, con los hechos, nuestros deseos de borrar todo rastro del imperialismo de los gran-rusos, para luchar sin reservas contra el imperialismo mundial y contra el imperialismo británico que los encabeza . . .

Adviértase cómo el estilo habitualmente sobrio de V. I. Lenin se hace casi patético en ese llamado al trabajo revolucionario entre las masas de un país oriental.

Pocos días más tarde, el 22 de noviembre, tiene lugar el "Segundo Congreso de Rusia de las Organizaciones Comunistas de los Pueblos de Oriente". En su "Informe"²¹ Lenin pasa ya a un análisis más detenido de lo que la victoria del proletariado ruso puede

²¹ Obras completas, Tomo XXX, p. 146 y siguientes.

significar para esos pueblos. "Creo" —dice— "que lo hecho por el Ejército Rojo, su lucha y la historia de su victoria, tendrán una importancia gigantesca, mundial, para los pueblos de Oriente". Lo principal, según su estimativa revolucionaria, es la confianza en sus propias fuerzas que despertará esa victoria en las masas coloniales.

Pondrá de manifiesto . . . que por débiles que sean aquéllas y por invencible que parezca la potencia de los opresores europeos . . . la guerra revolucionaria librada por los pueblos oprimidos, si sabe realmente infundir entusiasmo a millones de trabajadores y explotados, encierra tales posibilidades y es capaz de tales milagros que la liberación de los pueblos de oriente es ahora plenamente viable en la práctica . . .

Lenin subraya cómo precisamente en la lucha armada "a la par que se desarrolla el entusiasmo revolucionario, se fortalece la situación en el interior del país" y en la batalla común se va forjando la unidad popular capaz de realizar milagros. Pero Lenin extrae una conclusión aún más importante. Si en toda la primera fase de la revolución socialista, hasta la paz de Brest, sus esperanzas para el desarrollo de la revolución mundial tenían

su centro en Europa y en el proletariado de los grandes países capitalistas desarrollados, su genio estratégico le permite comprender —en este momento de reflujo revolucionario europeo— la enorme reserva que la revolución rusa tiene en este otro lado de sus fronteras. No se trata, desde luego, de disminuir, y mucho menos de sustituir, la importancia del papel histórico del proletariado occidental. Por el contrario, Lenin en ese mismo informe insistirá en lo contrario.²² Pero sí enuncia, en cambio, nuevas ideas sobre la necesaria combinación de las luchas de la clase obrera de los países capitalistas y las grandes masas del mundo colonial.

Si los bolcheviques rusos lograron abrir una brecha en el muro del viejo imperialismo y asumir la tarea, extraordinariamente difícil pero también extraordinariamente noble, de abrir nuevos caminos

22 "Huelga decir", señala, "que la victoria definitiva sólo puede ser del proletariado de los países avanzados del mundo, y nosotros, los rusos, no hemos hecho más que iniciar la obra que se encargarán de afianzar el proletariado inglés, el francés, o el alemán . . ." (Obra citada, p. 156). En ese sentido Lenin se anticipaba a refutar conceptos que —como veremos— aparecieron ya en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista sobre el trabajo del centro revolucionario a los países coloniales y semi-coloniales. La situación internacional no justificaba entonces esas pretensiones.

a la revolución, a ustedes representantes de las masas trabajadoras de Oriente, se les presenta una tarea todavía más nueva y grandiosa (...) Se está haciendo evidente que la revolución socialista, que avanza en el mundo entero, no consistirá en modo alguno sólo en que el proletariado triunfe dentro de cada país sobre su propia burguesía.

Lenin se detiene a señalar lo difícil que resultan estas victorias aisladas y las reservas que aún tienen los capitalistas dentro de las propias fuerzas populares y obreras. Y concluye:

... la revolución socialista no será sólo ni principalmente, la lucha de los proletarios revolucionarios de cada país contra su burguesía, sino que además será la lucha de todas las colonias y de todos los países oprimidos por el imperialismo, la lucha de todos los países dependientes contra el imperialismo internacional.

La idea que había sido insertada por el propio Lenin un año antes en el Programa del Partido, cobraba vida, a través de la alianza de la joven revolución con los revolucionarios del Este. Atrás quedaban los tiempos de la "misión civilizadora", del tutelaje bochornoso, que los "socialistas" tipo Van Kol habían querido introducir de contrabando en

el Congreso de Stuttgart. Surgía una nueva etapa en las concepciones estratégicas de la lucha por el socialismo. Lenin explica enseñada el papel de los sentimientos nacionales en esa gran batalla:

Cientos de millones de seres... pertenecen a naciones dependientes, sin plenitud de derechos, que hasta ahora fueron víctimas de la política internacional del imperialismo, que sólo existían como material de abono para la cultura y la civilización capitalista (...) Esta mayoría que hasta ahora se hallaba al margen del progreso histórico porque no podía constituir una fuerza revolucionaria independiente, ha dejado, como sabemos, de desempeñar ese papel pasivo a partir de comienzos del siglo XX. Tras el despertar de Oriente en la actual revolución vendrá el período en que todos los pueblos orientales intervendrán en la decisión en los destinos del mundo entero, dejando de ser un simple objeto del lucro ajeno.

Al examinar las peculiaridades de la composición social del Oriente, Lenin pone de relieve su formación predominantemente campesina. La mayoría "son representantes típicos... no de los obreros que han pasado por la escuela de las fábricas y la industria capitalista, sino representantes típicos de la masa trabajadora y explotada de los campesinos

que sufren una explotación medieval". Este hecho suscita en Lenin una nueva fórmula revolucionaria. Casi un siglo antes, la experiencia de las derrotadas insurrecciones europeas de 1848 había hecho decir a Marx que el éxito de las revoluciones proletarias dependería de que respaldándolas hubiera una revolución campesina. Esa alianza entre obreros y campesinos en el terreno nacional, Lenin la transfiere al campo mundial. "Ahora" —dice— "nuestra República Soviética tiene formulada la tarea de agrupar en torno suyo a todos los pueblos que despiertan en Oriente para librar en conjunto la lucha contra el imperialismo internacional".

EL SEGUNDO CONGRESO DE LA I. C.

El Segundo Congreso de la Internacional Comunista ofrecía la mayor oportunidad y propició el escenario más adecuado para que V. I. Lenin expusiera en todo su alcance las concepciones sobre la estrategia y la táctica en la lucha de los pueblos coloniales por lograr su liberación y el futuro desarrollo socialista, que era la resultante de dos décadas de experiencias revolucionarias y de largas polémicas teóricas.

Se trataba, en realidad, de la *primera* manifestación importante del nuevo internacionalismo al que Lenin, Rosa Luxemburgo, Liebknecht y las izquierdas revolucionarias del socialismo europeo habían aspirado. Además, la presencia de los representantes de los incipientes movimientos comunistas de Asia y Africa le daban caracteres de universalidad que Lenin se encargaría de subrayar. Al presentar su informe sobre "La situación internacional y las Tareas Fundamentales de la Internacional Comunista" (19 de julio), recordó:

El camarada presidente dijo que el Congreso merece el nombre de mundial. Yo creo que tiene razón, especialmente porque tenemos entre nosotros no pocos representantes del movimiento revolucionario de los países coloniales atrasados. Eso es sólo un comienzo; pero lo importante es que haya habido un comienzo. La unión de los proletarios revolucionarios de los países socialistas avanzados, con las masas revolucionarias de los países donde no hay o casi no hay proletariado, con las masas oprimidas de los países coloniales de Oriente, esta unión, se convierte en realidad en este Congreso.

Y para reforzar más la significación de este hecho, precisa:

El imperialismo mundial sólo podrá caer, cuando la ofensiva revolucionaria de los obreros explotados y oprimidos dentro de cada país, venciendo la resistencia de los pequeñoburgueses y de esa ínfima minoría que es la aristocracia obrera, se una a la ofensiva revolucionaria de los centenares de millones que hasta ahora estaban fuera de la historia y que hasta ahora eran sólo considerados como el objeto de ésta. ²³

- 23 Al establecer esta diferencia cualitativa entre el segundo y el primer Congresos de la I. C. nos atenemos no sólo a la realidad visible de los hechos sino a las apreciaciones que surgen de la propia interpretación de Lenin. Ya éste, al enjuiciar el 6 de marzo de 1919 el significado de la fundación de la Tercera Internacional, apunta: "En el Primer Congreso de la IC no logramos reunir a los representantes de todos los países donde esta organización tiene amigos fieles".

Añadamos que a Lenin no le importaba tanto el número. Años antes insistía en que lo importante era ir a la creación del nuevo organismo para cerrarle el paso a la resurrección de la pútrida Internacional Socialista. "Sería extraordinariamente absurdo", dice en 1917, "aspirar a tener un "gran" número de participantes y "molestarnos" porque ahora sean pocos".

Resultan, sin embargo, poco exactas y nada serias las versiones recogidas de algunos de los militantes de la primera fase de la I. C. que luego desertaron de su causa. Una muestra de esa falta de seriedad puede encontrarse en los testimonios sobre la fundación de la Tercera Internacional contradictorios entre sí recogidos en Angélica Balabanov y del incógnito "Comarada Thomas" —hecho famoso por este tipo de literatura— en los trabajos publicados por Jacques Reymond, bajo el título de *Contributions á*

El que este segundo congreso se realizara casi a los tres años de la revolución victoriosa, permitía a Lenin llegar a él después de haber obtenido una experiencia inapreciable. La guerra había privado de todo prestigio a los socialdemócratas de derecha. El surgimiento del poder soviético forzó a los "centristas" como Kautsky, Hilferdig, Martov y Plejanov a arrancarse el antifaz. Lenin había destrozado sus argumentos en la polémica con Kautsky. El fracaso de la experiencia de los "consejos obreros" en la República de Hungría y de los intentos de insurrección prematura en Alemania, le permitió señalar a la vez los errores de las corrientes "izquierdistas", en su libro sobre *La enfermedad infantil*. La marcha de la revolución lo confirmaba en los criterios sobre el papel decisivo del

l'histoire du Comintern, nada menos que en la edición del "Instituto de Altos Estudios Universitarios de Ginebra" (Droz, 1965). En la narración de Thomas se hace aparecer que los leninistas presionaron sobre Eberlein, representante del grupo "Espartaco" (de Rosa Luxemburgo), y que había recibido instrucciones de abstenerse, para que contribuyera a la unanimidad de la decisión forzándolo moralmente a alzar el brazo mediante la espectacular aparición en el Congreso de un delegado austriaco que había corrido dramática odisea. Sin embargo, en los papeles oficiales del Primer Congreso —según fueron publicados en Moscú en esos años y después— Eberlein aparece... absteniéndose.

campesinado en países de escasa base industrial. ²⁴

Ya desde los días preparatorios del Congreso se comprueba que Lenin quiere darle al sentido internacional de la revolución un relieve determinante. Para él se trata ahora de un nuevo "deslinde" similar al que tuvo lugar en lo interno de la socialdemocracia rusa antes de sus encuentros finales con la burguesía. Se niega ahora también en el terreno internacional, a toda transigencia con los oportunistas y vacilantes, quiere hacer una "Internacional" genuinamente revolucionaria, que lleve a cabo las ideas de la Primera y, para ello, supere las flaquezas de la Segunda. Cuando leen sus "Tesis sobre las Tareas Fundamentales del Segundo Congreso de la Internacional Comunista", escritas un mes antes de inaugurarse y entregadas a los participantes, no pueden albergarse dudas sobre su intención.

24 Hélène Carrière y S. Shram atribuyen el inicio en Lenin de las ideas sobre la importancia del papel de los campesinos, a sus consideraciones sobre China en 1912. Es un error. La idea del papel del campesino como aliado esencial de la clase obrera en este tipo de países data de 1848, cuando Marx y Engels la elaboraron a propósito de las revoluciones centro-europeas que tuvieron entonces lugar. En Lenin es constante desde sus primeras obras y constituye desde 1905 el centro de sus ideas estratégicas desarrolladas en Dos tácticas.

Destaca tres tareas como las principales si el proletariado quiere sustituir al capitalismo con el socialismo:

Primera: derrocar a los explotadores, ante todo a la burguesía.

Segunda: atraer y llevar tras la vanguardia revolucionaria del proletariado a su partido comunista, no sólo a todo el proletariado o a la inmensa mayoría del mismo, sino a todas las masas de trabajadores explotados por el capital, instruirlos, organizarlos y disciplinarlos en el curso de una lucha larga, abnegada y tenaz.

Tercera: neutralizar o hacer inocuas "las inevitables vacilaciones entre la burguesía y el proletariado, entre la democracia burguesa y el poder soviético, por parte de la clase de los pequeños propietarios de la agricultura, la industria y el comercio... y por parte de la capa de intelectuales y empleados, que corresponde a dicha clase".

Es la estrategia para los países donde el capitalismo se ha desarrollado.

Esa estrategia sólo puede ser concebida sobre la base de una lucha *violenta*. Las condiciones internacionales creadas por la explotación colonial, la "paz" de Versalles y la manutención de la guerra, no permite alternativa.

Toda admisión de la idea del sometimien-

to pacífico de los capitalistas, a la voluntad de la mayoría de los explotados y del tránsito pacífico y reformista al socialismo, además de ser una estupidez típicamente filisteo, equivale a engañar con todo descaro a los obreros, a embellecer la esclavitud asalariada capitalista y a ocultar la verdad. Esta verdad consiste en que *la burguesía más instruida no se detiene ante ningún fraude ni crimen, ni siquiera ante la matanza de millones de obreros y campesinos para salvar su propiedad. El derrocamiento violento de la burguesía, la destrucción de todo el aparato estatal burgués de abajo arriba...*

He ahí la forma en que Lenin concebía la posibilidad del proletariado europeo de conquistar el socialismo en julio de 1920.²⁵

A] analizar en esas Tesis las vinculaciones necesarias entre los Partidos Comunistas y las masas más amplias de obreros y trabajadores, Lenin emplea una formulación que viene a

25 Si precisamos que "en julio de 1920", es para ser fieles al sentido táctico de Lenin, que nunca canceló definitivamente la posibilidad teórica —en determinadas situaciones concretas— del tránsito pacífico. La lectura de sus obras completas nos convence, sin embargo, de que creyó poco en su realización práctica y —como lo hizo en vísperas de la revolución de octubre— no se detuvo a esperar esa posibilidad teórica que había admitido entonces y por la que trabajaba, tan pronto advirtió que en la insurrección armada estaba la sola salida posible.

dar respuesta al asombro que algunos han mostrado cada vez que Fidel Castro y los comunistas cubanos sostienen que el título de "comunista" no le da a un Partido su condición indispensable de tal.

"Sólo el Partido Comunista" —dice Lenin— *"si es en realidad la vanguardia revolucionaria; si comprende en su seno a los mejores representantes de dicha clase; si ha sabido vincularse a toda la vida de su clase y a través de ella a todas las masas explotadas... sólo ese partido es capaz de dirigir el proletariado"* (subrayados nuestros CRR).

El condicionamiento de Lenin muestra, sin duda posible, que creyó que podía existir un Partido con el título de "comunista" que no cumpliera a cabalidad su condición de tal. En la práctica, él mismo propuso rechazar o excluir de la IC supuestos movimientos comunistas que encubrían con ese título el viejo oportunismo socialdemócrata.

Lanzado a la lucha por el "deslinde" revolucionario, Lenin exige que toda vacilación sea denunciada y que todo oportunismo sea excluido. En particular denuncia a los que siembran dudas sobre la dictadura del proletariado como instrumento de poder bajo el pretexto de la "democracia" y la "libertad": "Lo que hasta la victoria del proletariado só-

lo parece una divergencia teórica acerca de la "democracia", mañana, después de la victoria se transformará en una cuestión que se decide por la fuerza de las armas", pues la derecha de la revolución se unirá a los contrarrevolucionarios en el instante decisivo.

Al examinar el papel específico que en esas concepciones reaccionarias tiene la "aristocracia obrera", Lenin recuerda cómo esa capa minoritaria que da la espalda a los intereses del proletariado es una consecuencia "de las posesiones coloniales y los superbeneficios del capital financiero".

Esa "rigidez" e "inflexibilidad", que no son otra cosa que espíritu revolucionario intransigente, las trasladó Lenin a sus "Condiciones de ingreso en la Internacional Comunista". Presentó 19 y en el Congreso, como derivación de los debates, añadió una más. En definitiva se aprobarían 21 condiciones. Todas ellas impregnadas de la claridad política y, a la vez, pasión revolucionaria que presidían ya las "Tesis". Es natural, por ello, que la "Condición 8" se refiera a las obligaciones de los partidos comunistas de los países capitalistas en lo relativo al "problema nacional y colonial":

En el problema de las colonias y las na-

cionalidades oprimidas, los partidos de los países cuya burguesía posee tales colonias y oprime a otras naciones, necesitan una línea particularmente nítida y clara. Todo partido que desee pertenecer a la Tercera Internacional tiene el deber de ser implacable en el desenmascaramiento de las "hazañas" de sus propios imperialistas en las colonias; apoyar en la práctica, y no de palabra, todo movimiento de liberación colonial; exigir que sean expulsados de las colonias los imperialistas de sus naciones... y desarrollar una sistemática agitación entre las tropas del país contra toda opresión de los pueblos coloniales.

Marco adecuado éste, repetimos, para presentar definitivamente los problemas de la estrategia y la táctica de lucha de los pueblos oprimidos. Lenin había trabajado con detenimiento —dentro de las mínimas posibilidades que las obligaciones agobiadoras del nuevo poder le toleraban— en cada frase de ellas. Sin embargo, al enviárselas para su revisión a otros compañeros, les pide su ayuda en forma "sumamente concisa, no más de dos o tres páginas". Apela especialmente a los que "tienen conocimientos concretos sobre uno u otro de estos complejíssimos problemas..."

Cuando días más tarde presente verbalmente ante el Congreso el resultado de la discu-

sión que tuvo lugar en la "Comisión nacional y colonial", Lenin recalcará que "la idea más importante y fundamental de nuestras tesis" [es] "la distinción entre pueblos oprimidos y opresores", y añade: "Subrayamos esta distinción en oposición a la Segunda Internacional y a la democracia burguesa".

En segundo lugar de importancia pone "la idea directriz" de que ahora, después de la guerra y el acceso del proletariado al poder en Rusia, las fuerzas mundiales se polarizan y que "las relaciones recíprocas de los pueblos y todo el sistema mundial se determinan por la lucha de un pequeño número de naciones imperialistas contra el movimiento soviético y los estados soviéticos a la cabeza de los cuales se encuentra la Rusia Soviética".

Lanza enseguida la principal idea estratégica, que define la *particularidad* de la situación en los países coloniales:

"Quisiera subrayar en especial" —dice— "la cuestión del movimiento democrático burgués en los países atrasados".

Es precisamente sobre este punto sobre el cual había tenido lugar una interesante discusión entre Lenin y el "nuevo" comunista hindú M. N. Roy²⁶ en el seno de la Comi-

26 M. N. Roy —su nombre verdadero fue Narendranath

sión, antes de traer los resultados al plenario del Congreso.

¿En qué consistió la controversia?

En su primer esbozo de Tesis que fue sometido a la Comisión, Lenin sostenía: "En lo referente a los Estados y a las naciones más atrasadas... es preciso tener sobre todo presente... la obligación de todos los partidos comunistas de ayudar al *movimiento democrático-burgués de liberación en esos países...*".

Y después de puntualizar "la necesidad de luchar resueltamente contra la tendencia, en las corrientes democrático-burguesas de liberación en los países atrasados, de adoptar el color del comunismo...", añadía:

Bhattacharhija—, de origen hindú, desempeñó un papel más destacado que efectivo en los primeros congresos de la Internacional, por sus presentaciones del problema colonial. Fue expulsado de la IC en 1929. Su propio relato en la ya citada obra de Jacques Reymond (Michel Borodine en *Amérique*, p. 103 y siguientes) nos confirma su naturaleza aventurera, que le permitió instalarse en México en marzo de 1917, después de haber estado en convivencia con los alemanes durante la guerra, según indica en sus palabras de presentación al relato Boris Souvarine, que en un tiempo fue partidario de Trotski. En México logró hacerse amigo y semisecretario de Venustiano Carranza; llegó a ser Secretario del Partido "Socialista" de Carranza y Calles. Con esa protección poderosa vivió hasta que se trasladó a Moscú, donde participaría por primera vez en un lugar destacado con motivo del Segundo Congreso de la IC.

La Internacional Comunista debe apoyar los movimientos nacionales democrático-burgueses en los países coloniales y atrasados, sólo a condición de que los elementos de los futuros partidos proletarios, comunistas no sólo por su nombre, se agrupan y se eduquen en todos los países en la conciencia del deber social que les incumbe: *luchar contra los movimientos democrático-burgueses dentro de sus países.*

Y concluía con este postulado: "La Internacional Comunista debe sellar una alianza *temporal* con la democracia burguesa de los países coloniales y atrasados, pero *no debe fusionarse a ella* y tiene que *mantener incondicionalmente la independencia del movimiento proletario* incluso en sus formas más embriónicas". [Subrayado nuestro CRR].

El conjunto de esos principios nos permite ver la base de la concepción de Lenin, que examinaremos sucintamente.

Lenin parte de la especificidad del papel de las clases en los países "coloniales y atrasados". Si en los países capitalistas desarrollados se presentaba en el orden del día de la revolución el derrocamiento de la burguesía —derrocamiento que, según vimos, Lenin presentaba al propio Segundo Congreso como un objetivo a lograr en el inmediato período

histórico—, para estos países coloniales y atrasados subsiste aún la posibilidad de aprovechar el nacionalismo burgués tal y como se expresa, concretamente, a través de los elementos "*democrático-burgueses*" de la propia burguesía.

Sin embargo, ha habido un cambio decisivo en las condiciones mundiales entre los momentos de 1912 en que Lenin saluda el inicio de la república *burguesa* en China, y este momento de 1919. La diferencia la da el hecho de que dos años antes, el 7 de noviembre, surgía el primer Estado obrero socialista de la historia. La lucha por el socialismo llega al primer plano y por ello *la revolución colonial que debilita el sistema imperialista no puede seguir siendo considerada por más tiempo sólo como una manifestación moderna de las revoluciones burguesas, sino que pasa a ser, objetivamente, parte de la revolución mundial del proletariado contra el capitalismo y por el socialismo.*

En adelante no será lícito ya a las fuerzas revolucionarias proletarias de los países coloniales y atrasados concentrar sus luchas en la simple obtención de la independencia nacional y, para ello, apoyar a la burguesía más o menos progresista.

Ahora, el proletariado debe proponerse pa-

sar *ininterrumpidamente* de la revolución nacional-liberadora a la lucha por el socialismo. Y para ello sus combates tendrán que realizarse en un doble frente: mientras se une a los elementos "democrático-burgueses" contra el imperialismo, tendrá a la vez que "luchar contra los movimientos democrático-burgueses dentro de sus naciones". De ahí la fórmula "alianza *temporal*" con la democracia burguesa; pero sólo en condiciones en que esa alianza no obstaculice la labor ideológica y política independiente del proletariado revolucionario y su partido, independencia que se expresará en el derecho a criticar a sus propios demócratas burgueses y abrir camino a la etapa posterior, socialista, de la revolución.

En el examen de esta concepción estratégica es necesario precisar dos elementos. En primer término ¿cómo concebir una revolución en que participen los elementos democrático-burgueses y que, a la vez, constituya un paso hacia su transformación en revolución socialista? En segundo término ¿cuáles son las fuerzas "democrático-burguesas" a las cuales puede aliarse el proletariado temporalmente?

El primer problema había sido ya resuelto por Lenin teóricamente desde mucho antes

porque los rasgos "asiáticos" de Rusia que Engels apreciara, habían puesto a los revolucionarios rusos en la necesidad de elaborar una estrategia y una táctica en la revolución burguesa antifeudal, los elementos esenciales de la cual se correspondían con las necesidades de la revolución de los países coloniales en su primera fase. El compendio de esa teoría figuraba en su libro *Dos tácticas*, y a sus elementos esenciales hemos de referirnos enseguida.

El segundo problema era más difícil y ha dado origen a no pocos errores de los partidos comunistas al aplicar la concepción global leninista.

Una cosa resultaba clara, sin embargo. Para Lenin, la burguesía *democrática* no tenía nada que ver con la "gran burguesía" de los países coloniales en cualquiera de sus capas (industrial, agraria, importadora y bancaria).

Si esta demarcación no se dedujera de todo el contexto de Lenin, la polémica de éste con Roy en la Comisión y su discurso en el Congreso bastarían para disipar cualquier equívoco.

Al intervenir en la Comisión, Roy adoptó una posición evidentemente "economista", según puede apreciarse en las actas. Sostuvo que las masas populares de la India se mo-

vían por razones exclusivamente económicas y sociales y no estaban inflamadas de espíritu nacional. De ahí que propusiera que la Internacional Comunista, se dedicara exclusivamente a la formación y fortalecimiento de los partidos comunistas en la India y en los demás países coloniales, apartándose de toda colaboración con los movimientos democrático-burgueses. El movimiento obrero revolucionario de la India, sostenía, no tiene nada en común con el movimiento de liberación nacional. Por otra parte, Roy expresó otra idea que, según hemos visto ya, había comenzado a surgir entre los dirigentes de los países asiáticos: el destino de la revolución socialista en occidente depende por completo del desarrollo de la revolución en el Este. En definitiva "la suerte del comunismo mundial", dijo, depende de la victoria del comunismo en el Este.

En su réplica, Lenin combatió ambas tesis de Roy. Mostró cómo había sido posible en la práctica a los bolcheviques rusos apoyar incluso los movimientos burgueses liberales siempre que éstos actuaron contra el zarismo y sin subordinarse por ello a la burguesía y mucho menos fusionarse con ella. Insistió en que los comunistas indios podían y debían igualmente apoyar a los movimientos democrático-burgueses.

La idea de que el centro de gravitación revolucionaria del comunismo debía pasar al Este, Lenin la rechazó refiriéndola a las circunstancias reales y temporales que la invalidaban. Lo infundado de esa tesis de Roy, dijo, puede verse con sólo saber que en la India, a pesar de tener cinco millones de obreros y haber allí 37 millones de campesinos sin tierra, no existe todavía un Partido Comunista. La significación histórica de una clase obrera industrial madura y experta, quedaba implícita.

Sin embargo, esa discusión con Roy contribuyó a una aclaración muy importante en las tesis originales de Lenin. De haber sido utilizada esta precisión con más sagacidad táctica, habría servido para evitar numerosos errores al movimiento comunista en los países coloniales. El problema lo expuso Lenin en su informe al Congreso con las siguientes palabras:

"Hemos discutido si será justo desde el punto de vista de los principios y desde el punto de vista teórico, afirmar que la Internacional Comunista y los Partidos Comunistas deban apoyar o no al movimiento democrático-burgués en los países atrasados"... y explicaba: "Después de esta discusión hemos acordado por unanimidad decir movimiento na-

cional-revolucionario en vez de movimiento democrático-burgués...” Surgía así una distinción que sería constante en los documentos futuros de la IC. El calificativo de “nacional-reformista” quedaba destinado a la gran burguesía (industrial, comercial e importadora).²⁷

Al aceptar este cambio, que le pareció correcto, Lenin aprovechaba, sin embargo, para puntualizar muy a las claras qué entendía por movimiento “democrático-burgués”. Es indudable, decía, “que todo movimiento nacional puede ser sólo democrático-burgués pues la masa fundamental de la población en

²⁷ Los opositores del movimiento comunista suelen imputar a este período del movimiento comunista el vicio de la “semántica revolucionaria” en que un vocabulario específico, aplicable a situaciones, partidos y personas, llega a sustituir los análisis. Si nos atenemos a los hechos, las imputaciones no están exentas de razón. Sin embargo, este uso inadecuado de los términos no le resta validez al método leninista de recoger en definiciones o “designaciones”, conceptos políticos generales. No es otro el método de las ciencias, y por ello Marx y Engels lo usaron ya en su época. En este caso la distinción entre “nacional-reformistas” y “nacional-revolucionarios” corresponde a categorías históricas muy precisas. Cuando en 1934 la IC recomendó a los comunistas cubanos distinguir entre el “nacional-reformista” Grau San Martín y el “nacional-revolucionario” Gutteras, tenía razón y sólo un sectarismo —originado también en la política mantenida por la IC hasta poco tiempo antes— había llevado a los comunistas cubanos a no apreciar las evidentes diferencias.

los países atrasados está compuesta por campesinos que representan las relaciones burguesas y capitalistas”. [Subrayado nuestro-CRR]. Esto es lo que suele olvidarse —o se desconoce— por muchos de los que se refieren a la fórmula leninista de colaboración estratégica con “la democracia burguesa”. La palabra “burguesa” los lleva a pensar siempre en una burguesía industrial desarrollada y, por tanto, los confunde. También se olvidaron de esta distinción no pocos dirigentes comunistas, con resultados que ya son bien conocidos. Lenin, sin embargo, la tenía bien presente cuando aceptaba las modificaciones de Roy, que parecían ser sólo meras distinciones terminológicas. “Aquí se ha objetado” —dijo al Congreso— “que si hablamos de movimiento democrático-burgués se borrará toda diferencia entre el movimiento reformista y el revolucionario”. Este peligro había que tenerlo en cuenta por cuanto los imperialistas trabajaban por acercarse a la burguesía de los países oprimidos y subordinársela. “La burguesía de los países oprimidos” —hacía notar— “aunque apoye a los movimientos nacionales, al mismo tiempo lucha de acuerdo con la burguesía imperialista, es decir, juntamente con ella, contra todos los movimientos revolucionarios y contra todas las clases revoluciona-

rias". Informaba que en la Comisión se habían dado "pruebas irrefutables" de esto y por ello habían acordado unánimemente el cambio.

El sentido de esta sustitución consiste en que los comunistas debemos apoyar y apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias sólo cuando estos movimientos sean realmente revolucionarios... [Subrayado nuestro - CRR]. ... Si no existen tales condiciones, los comunistas deben luchar en dichos países contra la burguesía reformista, a la que pertenecen también los héroes de la Segunda Internacional.

La principal línea estratégica quedaba muy claramente establecida.

Pero la Resolución contenía otros elementos importantes.

La misma Comisión discutió el problema de los países coloniales atrasados, donde apenas había proletariado. Durante mucho tiempo se había sostenido que el socialismo sólo podía surgir como consecuencia del desarrollo capitalista previo y que, por tanto, era inevitable pasar por esa fase. "¿Podemos estimar justa la afirmación de que la fase capitalista de desarrollo de la economía nacional es inevitable para los pueblos que ahora se

liberan y entre los que, después de la guerra, se observa un movimiento por el camino del progreso?". Tal era la pregunta que, según exponía Lenin, se había formulado la Comisión. "Hemos respondido negativamente", informó. Y mostraba como ejemplo el de Turquistán, donde la ayuda del socialismo triunfante en Rusia había podido despertar un movimiento de masas capaz de permitir ese salto histórico.

Lenin aprovechó también para exponer su idea de que la institución peculiar que había surgido en el movimiento revolucionario ruso durante la revolución de 1905, los *soviets*, podía desempeñar un papel importante en los movimientos revolucionarios coloniales. Sólo que en estos países no serían *soviets* de obreros, campesinos y soldados, sino *soviets* de trabajadores en general.

Las "Tesis" de Lenin que resultaron aprobadas, contenían otro elemento importantísimo: las normas de relación entre los obreros de los países explotadores y las masas de los países coloniales. Lenin se daba cuenta de todos los elementos explosivos que contenía esa relación, no sólo antes de una posible revolución socialista en el país dominante, sino incluso después de ella. De aquí que en su Tesis 12a. expusiera: "La opresión secular...

ha dejado entre las masas de los países oprimidos, no sólo un rencor, sino una desconfianza hacia las naciones opresoras en general, comprendido el proletariado de estas naciones...". Y advertía: "La extinción de esos prejuicios es necesariamente un proceso muy lento", pues supone no sólo la liquidación del imperialismo en el país dominante sino también un cambio radical en la base económica de los países atrasados...

De ahí surge el deber para el proletariado comunista consciente de todos los países, de demostrar circunspección y atención particulares frente a supervivencias de sentimientos nacionales en los países y en las nacionalidades que han sufrido una prolongadísima opresión: asimismo es su deber hacer ciertas concesiones con el fin de apresurar la desaparición de esa desconfianza y esos prejuicios...²⁸

28 La experiencia y el realismo de Lenin, le hacían ver con nitidez la carga de contradicciones y conflictos que subyacían en el resentimiento acumulado por la opresión y la postura de superioridad que al tratar con los "coloniales" era capaz de infectar hasta a los comunistas de los países explotadores. Los ejemplos no se hicieron esperar demasiado. Ya en el Congreso convocado por la Internacional en Bakú, al año siguiente, para discutir estos problemas, Narbutabekov, representante de Turkestán, ponía de relieve ambas tendencias. Mientras sostenía posiciones "orientalistas" e insinuaba un particularismo que más tarde iba a ser peligroso, denunciaba con ener-

Al cerrarse los debates del Segundo Congreso, el "corpus" teórico leninista sobre los problemas coloniales quedaba completo. Como

gía manifestaciones de "colonialismo socialista" como las que Lenin había anticipado previsoramente. "Eliminen a sus colonizadores que trabajan bajo la máscara del comunismo", planteaba entre gritos y aplausos de no pocos delegados. Al invocar las palabras de Lenin las llamaba "sagradas"; pero afirmaba que Lenin "estaba solo" y tenía que ser ayudado. Y terminaba refiriéndose a la posibilidad de que existiesen entre los funcionarios soviéticos encargados de las relaciones con el Este "provocadores y demagogos" que debían ser implacablemente eliminados. Meses más tarde, Safavorv, enviado por la dirección soviética a examinar la cuestión turkestaná, tenía que admitir que debido al hecho de que durante el zarismo los rusos tenían allí el "privilegio" de ser obreros mientras que los nativos sólo podían dedicarse a otros trabajos, "la dictadura del proletariado tomó un aspecto típicamente colonial". Con esto confirmaba las palabras de un delegado que en el Primer Congreso de los comunistas musulmanes (1919) hablaba ya de ciertos comunistas "que tenían una mentalidad de opresores y consideran a los musulmanes como sus súbditos".

Absorbido en las presionantes tareas de defender a la revolución del ataque conjunto lanzado por las potencias imperialistas y, a la vez, organizar la economía casi desmembrada del naciente país socialista, Lenin se mantuvo, sin embargo, atento a este aspecto esencial. Después de la muerte de Stalin se ha hecho conocida una de las últimas notas que fue capaz de escribir. En ella criticaba con severidad los excesos cometidos por Orzhonkídze bajo la dirección de Stalin, al tratar de combatir el nacionalismo que brotaba en Georgia. "Es necesario distinguir", prevenía, "entre el nacionalismo de las naciones opresoras y el nacionalismo de las oprimidas".

toda elaboración marxista no se trataba del producto de un solo acto creativo. Era el resultado de la elaboración metódica continua en que el encaramiento de nuevas realidades permitía rectificar conceptos o enriquecerlos, y las experiencias eran contrastadas a las previsiones para confirmarlas o rechazarlas. Después de aquellos pormenorizados debates, no volvió Lenin a añadir lo que pudieran considerarse elementos nuevos a su tesis estratégica. Sus intervenciones en el Tercer Congreso —tanto las “Tesis” como el “Informe sobre la Táctica del PCR”— sirven sólo para reiterar la importancia que le asignaba a las luchas coloniales. Lo mismo ocurre en “Carta” al Consejo de Propaganda y Acción de los Pueblos de Oriente, en su artículo sobre el X Aniversario de *Pravda* o en la que fuera su última contribución: “Más vale poco y bueno”. Puede por ello asegurarse que con las “Tesis” y su defensa en el Segundo Congreso de la IC, Lenin consideraba ya perfiladas definitivamente las ideas sobre el tema.

LA PRUEBA DE LA HISTORIA

¿Cuál ha sido la prueba de la historia? No sería posible entregarnos a un examen sistemático de la aplicación de las tesis leninistas

a la realidad de los movimientos coloniales y semicoloniales. No sólo excede las posibilidades de este estudio —realizado con un objetivo esencial de divulgación—, sino que las circunstancias mismas lo hacen indeseable. Porque lo primero que habría que preguntarse es hasta qué punto las tesis leninistas fueron verdaderamente aplicadas. Y esa interrogante nos llevaría de lleno a examinar toda la política de la Internacional Comunista y sus secciones durante un largo tramo histórico. Hacerlo en las condiciones de discrepancia que prevalecen todavía en el movimiento comunista internacional resulta imposible.

Pero es imprescindible, por lo menos, registrar que el problema existe y que llegará el momento en que será no sólo posible, sino necesario acometerlo a fondo. El hecho de que en el centro de la cuestión estén situadas las luchas de Trotski y Zinóviev contra la política de J. V. Stalin en China en 1926 y 27 no autoriza a definir perentoria y apriorísticamente el problema mediante la simple apología de las decisiones oficiales de la IC. Porque hay muchos otros elementos envueltos en la cuestión. No es un secreto que los dirigentes del Partido Comunista Chino —en las diversas corrientes que se movían entonces en su dirección— no aceptaron muchas veces las

recomendaciones de la Internacional ni lo que ésta entendía por aplicaciones de un "leninismo" no siempre identificable.²⁹ Tampoco puede pasarse por alto la intervención de nada menos que Nguyen ai Qhuoc —es decir, Ho Chi Minh— en el Quinto Congreso de la IC, en el que reprochaba a la Internacional el no darle la necesaria importancia a los problemas coloniales, "no haber captado completamente la idea de que el destino del proletariado mundial y especialmente el de los países colonizadores está estrechamente vinculado con el destino de las clases oprimidas de las colonias..." "...Oyendo los discursos de los camaradas de las metrópolis, he tenido la impresión" —decía Ho Chi Minh— "que todos querían matar la serpiente golpeándola en la cola...". "Al hablar de la revolución ustedes olvidan las colonias". Y terminaba con una exhortación a los "ingleses, franceses y camaradas de otros partidos". "Por eso les digo

29 Sobre este asunto son interesantes las referencias de Chu-Teh en sus conversaciones con Agnes Smedley (*The Great Road. The Life and Times of Chu-teh*, Monthly Review Press, 1956) al papel de los representantes de la IC. No puede ser disimulado que, pese a la aceptación oficial de los elementos básicos de la línea encarnada por J. V. Stalin en las pocas historias del Partido Comunista Chino disponibles en idiomas extranjeros, las reservas sobre los elementos tácticos de esa línea no dejaron nunca de estar presentes.

con todas las fuerzas de que soy capaz: ¡Cuidado!"³⁰.

Aunque las circunstancias no nos permitan entrar a ese análisis de la aplicación de las tesis leninistas, sí resulta imperativo preguntarnos hasta qué punto podemos considerarlas vigentes.

Es evidente que ninguna concepción estratégica es válida para todos los tiempos y lugares. Cambian no sólo la correlación, sino hasta la naturaleza de las fuerzas de clase a consecuencia de las modificaciones socioeconómicas. Se alteran sus características de país a país. Podemos sostener, sin embargo, que la corrección de las Tesis fue confirmada por la historia y que su vigencia no ha pasado, si la entendemos en su solo sentido correcto, es decir, como un conjunto de recomendaciones globales que es necesario ajustar a las "situaciones concretas" a las que Marx y Lenin se referían de continuo.

Y no se trata —adelantémoslo a la fácil insinuación malévola— de que su "generalidad" sea tan difusa que se preste, como las respuestas simbólicas del oráculo griego, para cualquier interpretación posible. Todo lo contra-

30 Citado en *Marxism and Asia* de los documentos taquígraficos del V Congreso publicados en Moscú en 1925.

rio. Cuando estudiamos en detalle la revolución china nos percatamos de que cuanto señaló Lenin sobre las potencialidades y peligros de las diversas clases se fue confirmando punto a punto y que sólo interpretaciones demasiado laxas —oportunistas— o excesivamente estrechas, condujeron a los comunistas chinos a errores que su más exacta comprensión del marxismo-leninismo les permitió luego rectificar hasta obtener la victoria. Lo mismo podría decirse —y lo han confirmado sus dirigentes— de la victoria de la revolución vietnamita.

Ambas victorias se hicieron posibles cuando los comunistas de China y de Vietnam llegaron a dominar cabalmente la realidad de sus países hasta el punto de saber trazar entre sus clases sociales las distinciones que les permitieron utilizar fecundamente el núcleo de la estrategia leninista.

Ese núcleo radica en comprender que los agrupamientos de clase que se originan en un movimiento nacional liberador no pueden ser los mismos que se presentan en una revolución directamente socialista, por lo que se hace muy difícil —aún en nuestros días— que una revolución nacional liberadora pueda comenzar siendo una revolución socialista.

La dificultad no estriba, desde luego, ni en

que no sea posible desarrollar una revolución socialista en los países coloniales y atrasados por la falta de desarrollo en éstos —como sostienen los reformistas impenitentes que repiten así argumentos de los mencheviques rusos hace seis décadas— ni tampoco porque esa marcha inmediata al socialismo no resulte *necesaria*. Por el contrario, como acaba de afirmar Fidel Castro, el camino de los países atrasados hacia el desarrollo pasa hoy por el socialismo.

Se trata de otra cosa. La estructura de clases que la opresión colonial determina en estos países oprimidos es una consecuencia de las relaciones de producción que en ellos ha mantenido e impulsado. Y ésta genera, con el débil o nulo crecimiento industrial, la debilidad o inexistencia del proletariado y, con la dependencia en la agricultura retrasada, el carácter predominante campesino de la población y —marginamente— la proliferación de una pequeña burguesía urbana integrada por comerciantes, rentistas y sus “capas de intelectuales”, como decía Lenin.

Entre el proletariado y el socialismo se interpone esa vasta masa que es necesario conquistar en parte y en parte neutralizar, para emprender la revolución socialista victoriosa. Aunque el incremento de la expolia-

ción colonial y semicolonial y el desarrollo mundial del socialismo —con la incorporación de antiguas colonias y semicolonias como China, Vietnam, Corea y Cuba— hace esta vasta mayoría mucho más permeable a la idea del socialismo ahora que en la Rusia de 1905, o aún en el mundo de 1919, el imperialismo y el capitalismo cuentan todavía con los recursos suficientes para contrarrestar esa penetración espontánea de la idea socialista con una deliberada, sutil y omnipresente propaganda. Sólo la llegada de fuerzas auténticamente revolucionarias al poder y la *expresión* directa de las masas pueden acelerar esa toma de conciencia.³¹ Mientras tanto, no será la idea socialista la que las mueva con mayor fuerza, sino aquellos sentimientos nacionales destacados por Lenin, unidos a los intereses particulares a conquistar a través de la derrota y extirpación del predominio imperialista.

31 Cuba es un ejemplo excepcional. Fidel Castro, con su maestría en la explicación de los problemas y aprovechando los errores de un imperialismo cegado por la ira, convirtió en pocos meses una mayoría de popular ganada por el anticomunismo y la admiración a una metrópoli a la que supuestamente debíamos nuestra independencia, en un pueblo consciente de la necesidad del socialismo. La existencia de países socialistas y el paso que éstos supieron dar en ayuda a la revolución, amenazada por el yanqui, fueron factores que coadyuvaron decisivamente a la consolidación del socialismo, según ha destacado el propio Fidel.

Es este problema de la correlación de fuerzas, y no el de la oportunidad o inoportunidad de la revolución socialista, el que resulta determinante para hacer prácticamente inevitable una fase previa en el proceso revolucionario, fase capaz de darle a las fuerzas socialistas el respaldo necesario para vencer a un imperialismo que es materialmente poderoso y permitirle avanzar, una vez obtenida esa independencia, hacia el proceso ulterior y más profundo de la socialización.

Y aquí surge el tema de la revolución “democrático-burguesa”.

Como dijimos antes, su enunciado provoca de por sí la polémica. Los motivos son distintos.

Para muchos, que ignoran su significado concreto, la sola mención de un proceso revolucionario “burgués”, les parece, en nuestros días, un contrasentido histórico. Pero sucede que todas las medidas de una revolución anti-imperialista de los países coloniales y atrasados tienen un neto contenido burgués. En primer término, la nacionalización de las industrias extranjeras, aun cuando queden incluidas en un “sector público”, estatal, no es de por sí ni siquiera anticapitalista. Llega a serlo cuando se le utiliza en el camino *hacia* el socialismo, lo cual ya es otra cosa. Sobre esto

Engels dijo cosas muy oportunas hace cien años, a propósito de las "nacionalizaciones" supuestamente "socialistas" de Bismarck. Lo mismo ocurre con la reforma agraria. De hecho, todos los reformistas latinoamericanos han abogado por una reforma agraria como manera de acelerar el desarrollo capitalista en nuestros países. Sería posible decir algo similar de la nacionalización de la enseñanza y así en casi todos los campos.

Claro está que una revolución socialista podría —y de hecho ha tenido que hacerlo en China, en Rusia y en Cuba— realizar buena parte de esas tareas "no socialistas" que una revolución democrático-burguesa no pudiera completar. De lo que se trata es de que la fase de liberación nacional, de liquidación del poder económico y político del imperialismo y del aplastamiento de las clases sociales que son sus instrumentos de ejecución política en el país, son objetivos políticos que no están necesariamente unidos al socialismo y que como programa —son capaces de atraer y movilizar a esas poderosas clases y capas intermedias que no comenzarían a moverse tras un programa netamente socialista.

Ocurre sin embargo que, por ignorancia precisamente del marxismo, son muchos los revolucionarios antimperialistas y honesta-

mente socialistas de nuestros países atrasados que todavía piensan que si el contenido de la revolución es *burgués*, se deduce que en ella la burguesía desempeña el papel fundamental y sea su principal beneficiaria. Asocian la "revolución democrático-burguesa" a la idea de una etapa capitalista del desarrollo. Cuando abominan de toda mención de una fase "democrático-burguesa" es por eso. Y —desde luego— no tiene razón.

La nomenclatura de "democrática" añadida a la revolución burguesa, surgió en Marx y Engels durante los años de las revoluciones centroeuropeas de 1848 a 1850. Los creadores del marxismo se dieron cuenta de que si los objetivos de una revolución "burguesa" se dejaban a la dirección de la burguesía, ésta los traicionaría en un interesado compromiso con los feudales por temor a los progresos revolucionarios de las masas. Fue entonces cuando Carlos Marx lanzó aquel célebre "dictus" sobre la irresoluta burguesía alemana: "Sin fe en sí misma, sin fe en el pueblo; humilde frente a los poderosos y déspota con los humildes...". Ante sus ojos surgía una nueva forma de desarrollo revolucionario, que habían podido estudiar ya al analizar el período "jacobino" de la revolución francesa. Al tomar conciencia de que sus intereses y los in-

tereses de la gran burguesía eran contradictorios y de que aquélla preparaba sólo una revolución "a medias", estas fuerzas populares —campesinos, artesanos y obreros, en la Francia de 1791; y obreros, campesinos y artesanos con un orden político distinto a partir de 1848— toman una participación *independiente* en la revolución, enarbolan su propio programa, sus consignas propias, forjan sus organizaciones políticas y hasta militares propias. Ayudan a la burguesía contra los feudales, pero exigen compartir los beneficios de la revolución. Y llegan, como el jacobinismo en Francia, a ocupar el poder.

A este tipo de revoluciones *populares*, burguesas por el contenido, pero "plebeyas" por sus métodos y programas de lucha, se les denominó, desde entonces, "democrático-burguesas". El papel principal en ella no le estaba asignado ya a la burguesía. De la misma experiencia del 48 Marx y Engels extrajeron otra sabia conclusión que no llegaron a desarrollar. Puesto que la burguesía ya no aspira a una verdadera y radical revolución, puesto que está destinada a traicionar tarde o temprano, y puesto que en el orden del día de los países europeos desarrollados estaba inscrita desde entonces una revolución mucho más profunda y definitiva, la que interesaba

a los obreros, pero no sólo a ellos, sino también a la mayoría inmensa de los campesinos, profesionales, intelectuales y pequeños propietarios, es decir, el socialismo, el interés de las fuerzas revolucionarias, socialistas, en el proceso de una revolución democrático-burguesa, no podía consistir, por tanto, en que esa revolución se detuviera en sus objetivos propiamente burgueses y edificara el capitalismo para después de éste pasar al socialismo. Por el contrario, las exigencias de la revolución verdadera consistían en que no se *interrumpiera* el proceso revolucionario. De la revolución burguesa —decían Marx y Engels en la *Nueva Gaceta Renana*— el proletariado, uniendo en torno suyo a las fuerzas más revolucionarias del campesinado y la pequeña burguesía urbana, debe continuar impulsando la revolución para pasar *ininterrumpidamente* a la revolución socialista. Hay un hecho curioso —que Franz Mehring destacó— en este proceso de descubrimiento de la estrategia y táctica del proletariado en las revoluciones burguesas contemporáneas. Y es que Marx y Engels se dieron cuenta, *con un año de retraso*, de la necesidad de cambiar de táctica. Sus ideas, expuestas en el *Manifiesto*, consistían en que el proletariado coadyuvara a la revolución burguesa, pero sin tratar de dirigirla

todavía en esta fase y mucho menos de transformarla. Por eso empiezan apoyando a la burguesía y no destacando las consignas obreras particulares, y les disgusta que el más destacado militante obrero de su movimiento, Stephan Born, agite consignas proletarias. “¡Sólo en abril de 1849, casi un año después de la aparición del período revolucionario, Marx y Engels se pronunciaron por una organización obrera independiente!”, comenta Lenin. Y añade que se trata de “un hecho monstruoso e increíble desde nuestro punto de vista actual”. Comentándolo, Mehring había dicho: [Es] “... una prueba notable de cómo el instinto elemental del movimiento obrero sabe corregir las concepciones de los pensadores más geniales...”.

Esa nueva aportación la desarrollará Lenin hasta convertirla en un sistema de estrategia revolucionaria que desenvuelve con plenitud en su obra *Dos Tácticas de la Socialdemocracia en la Revolución Democrática*.³²

Mientras los mencheviques —olvidando los aportes de Marx y Engels en 1849— querían para el proletariado el papel de simple “coadyuvante”, dejándole a la burguesía la dirección y los beneficios de una revolución que

32 Obras completas, Tomo IX, p. 13 y siguientes.

consideraban sólo *preparatoria* de la socialista, Lenin reclamaba para el proletariado el papel dirigente de esa lucha en alianza con las grandes masas campesinas —no sólo el campesinado pobre sino también el medio y el rico, es decir *burguesía* campesina— y las fuerzas democráticas *pequeñoburguesas* de la ciudad. Esa alianza, postulaba Lenin, tendrá que realizarse bajo la dirección del proletariado. El carácter burgués de esta revolución democrática no podrá eliminarse desde el inicio, decía Lenin, debido

al hecho de que toda una serie de clases se mantienen por completo sobre la base del reconocimiento a la propiedad privada y a la economía mercantil. La clase obrera, en cambio, y sus representantes conscientes, van hacia adelante e impulsan hacia adelante esta lucha no sólo sin temor de ir hasta el fin, sino tratando de ir mucho más allá de los límites más extremos de la revolución democrática (...). La fuerza capaz de obtener “la victoria decisiva sobre el zarismo”, no puede ser más que el pueblo, es decir, el proletariado y los campesinos.

Añadía que las otras fuerzas *pequeñoburguesas* rurales y urbanas (que también formaban parte del pueblo) se dividirían, en el

proceso de la lucha, entre el proletariado y el gobierno.

El proceso de desarrollo de esta revolución Lenin lo anunciaba así:

El proletariado debe llevar a término la revolución democrática, atrayéndose a las masas campesinas, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose a las masas de elementos semiproletarios de la población, para romper por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía.

Y en su artículo "La actitud del proletariado ante el movimiento campesino",³³ retoma la idea de Marx y Engels.

De la revolución democrática [dice] comenzaremos a pasar *enseguida* [subrayado nuestro. CRR] y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado, a la revolución socialista. Nosotros somos partidarios de la revolución ininterrumpida. No nos quedaremos a mitad del camino.

33 Obras completas, Tomo IX, p. 224.

Y es claro que para esa revolución radical, Lenin no podía imaginar un gobierno burgués, ni de simple condición democrático-liberal-proletaria. Concibió así una forma de dictadura popular, intermedia entre el gobierno dictatorial sedicentemente "democrático" de la burguesía y la dictadura del proletariado: "la dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y los campesinos".³⁴ Y es precisamente este modelo, originado en la Europa de 1848, adaptado a la Rusia de 1905, el que permite a Lenin —después del más profundo conocimiento de la realidad en los países coloniales y atrasados— concebir el modo de aprovechar en estos países las potencialidades de espíritu nacional de las diferentes capas burguesas —por mínimas que fueren— y la alianza con la parte más sólida en su interés "democrático" de esas capas burguesas (el campesinado en primer término) para derrotar al imperialismo y las oligarquías en que se apoyan, realizar la revolución de independencia nacional y sus objetivos democrático-

34 Rosa Luxemburgo coincidía con este enfoque de Lenin y los bolcheviques, salvo en la forma del nuevo poder que no fue examinado por ella bajo los mismos criterios. (Véase: J. P. Nettl: *Rosa Luxemburgo*. Dos vols. Londres, Oxford University Press, capítulo VIII).

burgueses y marchar "ininterrumpidamente" al socialismo. De ahí la idea de "apoyar sin fusionarse" y la de organizar un nuevo poder popular revolucionario que no llega a ser aún la dictadura del proletariado, la alianza obrero-campesina, bajo la dirección del proletariado.

No se trata de una receta sino de un esquema de las fuerzas sociales en movimiento y de las posibilidades de su aglutinación en un proceso histórico que se desarrolla a nuestra vista. Habría hecho falta la presencia de un Lenin para evitar yerros simplistas y corregir rumbos. Pero China, Vietnam —y en otra medida, Cuba— ha confirmado todas las posibilidades de esta perspectiva.

Para aprovecharlas se requería, en lo teórico, mayor precisión en la capacidad para definir el movimiento social de las fuerzas sociales internas en sus respectivos países de la que disponían, a la muerte de Lenin, la casi totalidad de las fuerzas comunistas en los países coloniales y atrasados, con direcciones inexpertas y de muy escaso nivel teórico. La disputa interna en la URSS y la escisión a que dio lugar en otros partidos europeos —amén de la ignorancia que en ellos existía de lo que ocurría más allá de Europa— hizo aún más difícil una orientación certera. Hay

un hecho indiciario: sólo en mayo de 1969, cincuenta años después del Segundo Congreso de la IC, vino a reconocerse en un texto donde se abordan colectivamente problemas del movimiento comunista, la diferencia en el desarrollo económico y social, que distingue a la América Latina de la mayoría de los países coloniales y semicoloniales de Asia y Africa. Por no penetrar en esa diferencia, por no comprender que una parte de los objetivos democrático-burgueses quedaron realizados ya en la América Latina hace muchos años y que el capitalismo llegó a ser en este continente una estructura dominante aun con su contrapartida de retraso y semifeudalidad, no se supo distinguir siempre entre "burguesía" y "burguesía", se promovieron alianzas que no corresponden al modelo leninista y carecían de su dinámica revolucionaria, se mezclaron los conceptos electorales con los de largo alcance revolucionario y se llegó en diversos países —dentro del gobierno y fuera de él— a posiciones seguidistas en las que no era el proletariado el que "neutralizaba y arrastraba", sino el neutralizado y arrastrado.

El inventario de todos esos errores no es suficiente, sin embargo, para anular la vigencia general del análisis leninista cuando se le sabe manejar. Los hechos nos muestran que

subsiste. Y conviene por ello no incurrir en "superaciones" prematuras.

Que la *burguesía* —entendida en los términos de una burguesía industrial al modo europeo— no puede dirigir en la América Latina una revolución antimperialista, no es necesario demostrarlo. Que, en cambio, no exista —como se ha llegado a pensar— en la América Latina una *burguesía nacional* es otra cosa. Porque por burguesía nacional según hemos visto en Lenin, no se entiende la gran burguesía, ni siquiera la burguesía industrial no monopolista, aunque en algunos países ésta podía asumir ese carácter. De los análisis leninistas se deduce que esa burguesía "democrática" con la cual postulaba una colaboración *condicionada* era una burguesía *media*, tanto en el sector campesino como entre los productores industriales. Y si los comunistas chinos pudieron aprovechar las contradicciones potenciales y reales entre su burguesía nacional y los imperialismos que conjugaban su explotación de China fue porque supieron distinguir a tiempo entre las zonas *no nacionales* de la burguesía y la verdadera burguesía nacional. El concepto de "nacional" —precisa subrayarlo aunque parezca tan evidente como que hablamos en prosa, pues no todos se dan cuenta de ello— no deriva del "origen" de la

propiedad, sino de la *posición política* a que esa propiedad conduce a una parte de la burguesía. Es una noción política y no geográfica. Por eso Mao Tse-tung, al estudiar las fuerzas motrices de la revolución china³⁵ advierte que "la burguesía nacional china está compuesta principalmente por la burguesía media...". Similares búsquedas y precisiones, permitieron a Ho Chi Minh y sus camaradas encontrar también los elementos nacionales de su burguesía resistente. Y por ello en uno y otro caso supieron orientarse. Pero supieron también entender el carácter "doble" de esa burguesía nacional, su fragilidad política, su proclividad a la traición. Por no olvidarlas, les fue más fácil manejar la alianza con esas fuerzas y conducir las hasta el final de la lucha antimperialista, integrándolas incluso en un gobierno bajo la dirección del proletariado.

Es necesario recordar todo esto porque con mucha frecuencia se tiende a sustituir lo que se consideran "esquemas viejos" por novedades un tanto anticuadas y no menos esquemáticas.

Y esto ha ocurrido con la idea de la revolución democrático-burguesa y del gobierno

35 "La Revolución China y el Partido Comunista Chino". Obras escogidas, Buenos Aires, Editorial Platina.

de alianza y dictadura popular que perfilara Lenin como preámbulo —y tránsito— hacia el socialismo. A cuenta de combatir a Stalin, existe en el occidente europeo una profusa literatura no exenta de interés y con no pocas verdades, pero en la que subrepticamente se trata de ir introduciendo entre la juventud que llega hoy al marxismo la idea de que al desplazar a Stalin del puesto que se le había asignado junto a Lenin hace falta ahora reemplazarlo por Trotski. Y no sólo eso. Los Deutscher, Schram, Schwartz hacen un esfuerzo adicional y tratan de contraponer a las ideas y proposiciones de Lenin las de Trotski, iluminando éstas para hacerlas más atractivas y hasta más “revolucionarias”. ¡Saben bien estos señores en dónde puede equiparse mejor la juventud que aspira a la revolución! Y quieren evitarlo.³⁶

Y este aspecto de la revolución democrática burguesa y su gobierno obrero-campesino, ha

36 No pretendo, con esa referencia, hacer el juicio de Trotski. Considero que, como resultado de todo lo que la experiencia de estos dramáticos años del movimiento comunista nos ha traído, será necesario reexaminar algunos de los juicios que sobre su actuación en el último período, nos formamos quienes militamos desde entonces en el movimiento comunista en base a las informaciones ofrecidas durante los procesos de Moscú. Eso no alterará, sin embargo, otros criterios políticos básicos.

sido tema predilecto de ese intento de trasplante ideológica. Desde hace varios años se propaga por esas vías que fue Trotski y no Lenin quien trazó la línea más certera para la revolución de 1905. Con ello pretenden sustituir la revolución “ininterrumpida” de Marx y Lenin por la “revolución permanente” de Trotski. La esencia de ésta, según las reiteradas explicaciones del propio autor, consistiría en que “si la opinión tradicional sostenía que la dictadura del proletariado pasaba por un prolongado período de democracia, la teoría de la revolución permanente venía a proclamar que en los países atrasados el camino de la democracia pasaba por la dictadura del proletariado”. Trotski imputó siempre a sus críticos soviéticos el calumniarlo cuando propagaban que su “revolución permanente” prescindía de todo apoyo campesino para la revolución proletaria. Y aunque su defensa no era injustificada frente a las formas extremas de esa crítica, tampoco puede ocultarse —y Lenin mismo se encargó de anotarlo— que la invocación directa del socialismo y la dictadura del proletariado, no sólo le enajenaba a la revolución el apoyo de la burguesía agraria, los campesinos medios y la parte menos politizada de los campesinos pobres, sino que los lanzaba en brazos del zarismo. Las alternativas

la idea de Marx
n que hemos in-
n *prolongado* pe-
como se ha visto,
que él, se refirie-
lea de una revo-
a todo lo contra-
ciones de Lenin
e concibe la fase
un mero *tránsito*
en el caso de los
tapa "no capita-
terrumpida" no
erática" ni como

La transforma-
ucionario en so-
dictadura demo-
eros y campesi-
etariado, depen-
de las posibili-
volucionario va-
s colonias tenía
que recibieran
no Lenin dijo—
ia potencia im-

ansformación lo
gistrar en 1917.
española hacia

el socialismo”,³⁷ Fernando Claudín considera que Lenin en sus “Tesis de Abril” de 1917 renuncia a su idea de la revolución democrático-burguesa previa para adherirse “de hecho” a la tesis trotskista. Aduce que, oponiéndose a quienes invocaban sus propias tesis y abogaban por una revolución democrático-burguesa, Lenin afirmó: “El poder del Estado ha pasado en Rusia a manos de una nueva clase, la clase de la burguesía y de los terratenientes aburguesados. Por consiguiente la revolución democrático-burguesa en Rusia está terminada”... “Y propuso”, añade Claudín, “orientarse a la revolución socialista”. Los hechos son parecidos, la frase es sólo parcialmente exacta; pero las conclusiones son erróneas. Y es precisamente en el artículo de donde extrae Claudín su cita,³⁸ donde Lenin desembrolla lo que ciertos marxistas entonces no habían entendido.

Comienza Lenin recordando cómo en su primera “Carta desde lejos”, publicada en *Pravda* el 21 y 22 de marzo de 1917, había de-

37 “Horizonte Español”, 1966. Tomo II. Ruedo Ibérico. Nuestra alusión no pretende referirse al contenido mismo de la polémica, sino a la interpretación que Claudín hace del pensamiento leninista sobre este tema.

38 “Cartas sobre tácticas”. Carta primera. Obras completas, Tomo XXIV, p. 34 y siguientes.

finido “la peculiaridad del momento presente en Rusia” como el período de *transición* de la primera etapa de la revolución a la segunda. Explica enseguida que la primera etapa ha consistido en el paso del poder del Estado a manos de la burguesía. Y asegura entonces: “Por tanto la revolución burguesa o democrático-burguesa en Rusia *ha terminado*”.

Advierte Lenin enseguida que “ya oye” el alboroto de quienes gritan que siempre los bolcheviques habían afirmado que “la revolución democrático-burguesa sólo termina con la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado” y alegarán que Lenin reniega de esas ideas. Y replica: “Contesto: las consignas y las ideas bolcheviques han sido *en general* plenamente confirmadas por la historia, pero *concretamente* las cosas han sucedido *de modo distinto* a lo que podía esperarse... de modo más original, más peculiar, más variado”. Y vitupera a quienes quieren repetir sin sentido “la historia *aprendida de memoria*, en lugar de *estudiar*, la peculiaridad de la nueva situación, de la realidad viva”.

Por qué no fue posible el desarrollo del período democrático-burgués en una forma plenamente “revolucionaria” y en cambio la burguesía se adueñó del poder, lo explica Lenin

en ese y otros artículos de los mismos días, como una consecuencia del “insuficiente grado de conciencia” y “la insuficiencia de organización de los proletarios y los campesinos”. Pero pese a esas debilidades los obreros y los campesinos lograron oponer al poder “legal” del gobierno burgués, el poder —no menos real en muchos momentos— de los soviets, de diputados, obreros y soldados. Sólo que la influencia pequeñoburguesa y menchevique había acercado cada vez más esos soviets al poder burgués, convirtiendo el “poder dual” (gobierno-soviets) en un poder burgués con el apoyo de la mayoría de los soviets. Y concluye Lenin ese análisis diciendo:

“La dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y el campesinado’ ya ha sido realizada (en cierta forma y hasta cierto punto) en la revolución rusa (...) ‘El soviet de diputados, obreros y soldados’: ahí tienen ustedes ya plasmada por la vida, ‘la dictadura democrático-revolucionaria de obreros y campesinos’”.

Es por esa capacidad genial de ver la vida en su movimiento, por lo que Lenin no trata de aferrarse a fórmulas que la vida se ha encargado de realizar de manera más compleja. Las tareas esenciales del democratismo burgués no estaban terminadas todavía y algu-

nas ni siquiera iniciadas, como la reforma agraria. Pero la vida no permitía dar marcha atrás. Lenin se proponía impulsar la revolución —y lo realizó— “atrayéndose a la mayoría”, que era según él la única manera en que los obreros pueden convertirse en poder. Por eso se formula la pregunta: “¿No nos amenazará el peligro de caer en el subjetivismo, en el deseo de saltar por encima de la revolución inconclusa... de una revolución de carácter democrático-burgués a una revolución socialista?”... Y responde con una frase que *no puede* ser olvidada: “Si yo dijese: ‘Sin zar, por un gobierno obrero’, este peligro me amenazaría”.

Fue *precisamente* la consigna “Sin zar, por un gobierno obrero” la consigna esgrimida por Trotski en 1905.³⁹

39 En 1926, en sus críticas a la posición oficial de la IC sobre China, Trotski predijo: “la fórmula de la dictadura democrática, ha sobrevivido desesperadamente a su utilidad... la revolución china... no tendrá un período democrático, ni siquiera un período de seis meses como el que tuvo la revolución de octubre; sino que estaría compelida, desde sus inicios, a las más decisivas sacudidas y a la abolición de la propiedad burguesa en ciudades... y aldeas”. La historia no lo escuchó. La revolución china tuvo su período “democrático”, no abolió la propiedad burguesa ni en las ciudades ni en las aldeas durante ese período y aún después. Con formas peculiares, llevó a la práctica su “dictadura democrática” en las vastas zonas liberadas. También

Rematando toda su concepción del proceso, Lenin insiste: "Me he prevenido en absoluto en mis tesis de todo salto por encima del movimiento campesino no consumado o, en general, del movimiento pequeñoburgués, de todo 'juego' a la toma del poder por un gobierno obrero, de toda aventura...".

Hace falta, por ello, ir a buscar a Lenin directamente. A veces por querer escapar de lo que parecen peligrosas redes estalinistas, se va a caer en las trampas trotskistas. Y lo que necesitamos es partir de Lenin, como de Marx, hacia nuestro propio camino.

Quiénes supieron hacerlo, hicieron su revolución. Con prisa, pero sin salto. ("La cuestión no está en saber con qué rapidez marchar, sino hacia dónde marchar", aseguró el mismo Lenin una vez). No "aprendieron de memoria la historia" ni quisieron emplear, fuera de su contexto real, consignas y fórmulas de 1905 ó de 1917. Aprovecharon el tuéta-

la revolución vietnamita tuvo su período democrático en que no canceló toda la propiedad burguesa. En cuanto a Cuba, el período democrático-burgués terminó realmente en agosto de 1960 y se extendió formalmente hasta el solemne y dramático momento en que Fidel Castro invitó a los combatientes que marcharían pocas horas después hacia Girón a hacerlo bajo el grito de homenaje a los muertos que la revolución estaba sepultando de "¡Viva nuestra Revolución Socialista!"

no sin adherirse al hueso de la teoría que el tiempo va petrificando. Un leninismo que acerque a Lenin con el mismo espíritu con que el marxismo de Lenin lo acercó a Marx. Ese modo leninista tiene todavía mucho que hacer en la América Latina.

Lenin no nos ha dejado un breviario de soluciones "ad hoc" sino un instrumento de orientación. Nuestra estructura de clases tendremos que definirla en función de realidades específicas aunque los políticos burgueses enriquecidos de nuestros países no sean muy distintos que los "burgueses burocráticos" de China y la reacción del burgués agrario latinoamericano se parezca a la del ruso de hace cincuenta años. Mientras dependimos de dictámenes elaborados a miles de millas y sin contacto real con nuestro continente, se repitieron los ensayos frustrados. Hizo falta la prueba irrefutable de la revolución cubana de Fidel Castro para que se comprendiera el papel singular de la pequeña burguesía latinoamericana que algunos habíamos empezado a apreciar. Ni las alianzas de clase necesarias para la derrota del imperialismo pueden ser idénticas en todos los países, ni las formas de tránsito deben encontrarse necesariamente en las *Obras completas* de Lenin. Lo que está en ellas, cuando se las estudia, es un método pa-

ra analizar la realidad social y un ejemplo de cómo se hizo una revolución más difícil y compleja que todas las nuestras, puesto que era la primera en lograr victoriosamente "el asalto al cielo" en el que los comuneros de 1871 habían fracasado gloriosamente. Si logramos asimilárnoslo, ese Lenin permitirá a los revolucionarios abandonar los esquemas viejos sin esquematizar de nuevo la vida. Yerran quienes imaginan que fue sólo una "praxis" revolucionaria la que permitió a Fidel Castro conducir la primera revolución socialista de América. Fue la *praxis* de alguien que, dotado de esa misma visión sagaz y totalizadora de Lenin, había sabido extraer además de sus muchas lecturas teóricas los ingredientes necesarios para saber enseguida "hacia dónde marchar". Y en esta América nuestra en que militares y sacerdotes empiezan a encontrarle un sentido distinto a su oficio y su fe, mientras estudiantes, obreros y campesinos se hacen matar por la suya, en la tierra de Mariátegui, Mella y Che Guevara, ése es el leninismo que hace falta.

INDICE

Prólogo del editor	7
LENIN Y LA CUESTION COLONIAL	11
Marx y la cuestión colonial	16
Lenin y las colonias	24
El despertar asiático	31
Intermedio preparatorio	39
El Segundo Congreso de la I.C.	68
La prueba de la historia	92

COLECCION ARAUCO

- 1.— DEL SUBDESARROLLO AL
SOCIALISMO
Che Guevara y Fidel Castro
- 2.— CONCEPTO DE CLASES SOCIALES
Theotonio Dos Santos
- 3.— LENIN Y LA CUESTION COLONIAL
Carlos Rafael Rodríguez

EN PREPARACION:

- 4.— CHILE EN EL SIGLO XX
Jorge Barría S.
- 5.— NUESTRA MORAL SOCIALISTA
Gaspar Jorge García Gallo

Impreso en abril de 1973
en los talleres gráficos de
Prensa Latinoamericana S. A.
calle Root 537, Santiago, Chile.

carlos rafael rodriguez

lenin y la cuestion colonial

COLECCION
BRAUCO

